LA BODA DE QUINITA FLORES

COMEDIA EN TRES ACTOS

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Estrenada en el Teatro de Barcelona, de la capital de Cataluña, el 8 de julio de 1925.

PERSONAJES

QUINITA FLORES
ROSA LUISA
CRISTOBALINA
DOÑA TRENZA
CARMELA
ELADIA
UNA ZAGALILLA
EUGENIO
MANRIQUE
AMALIO
FRAY CRISTINO
DON CAYO LAGARTERA
MANUEL
PORTILLA
PEPETE
TOMÉ
DON NORBERTO GÓMEZ

ACTO PRIMERO

Estancia elegante en casa de DOÑA TRENZA, viuda del general Zarco, en Madrid. Puerta a la izquierda del actor. A la derecha, en segundo término, prolongación de la estancia hacia el interior. Al foro, otra puerta, que deja ver un lindo oratorio, en cuyo altar resplandece la imagen de una Dolorosa. Ante él, hoy más adornado y brillante que nunca, se han de unir luego en matrimonio dos vidas, si Dios quiere.
Es por la mañana y en abril.

(CRISTOBALINA, soltera y mártir, que «se ha plantado» en los treinta años y «no cumple» uno más, sale por la puerta de la izquierda, encendidos de llorar ojos y mejillas, e hipando y sollozando que da compasión. La sigue DOÑA TRENZA, la mayor de sus hermanas, de veinte años más que ella, envejecida y achacosa.)

CRISTOBALINA. — ¡Ay! ¡ay!...
DOÑA TRENZA. — Pero, Cristobalina...
CRISTOBALINA. — ¡Ay! La Virgen Santísima me perdone, Trenza; no puedo remediarlo. ¡Ay! ¡ay! ¡Pobre niña mía!
DOÑA TRENZA. —Cualquiera que te oyese, hermana, creería que llevamos a Quinita al degolladero. Cálmate; no te pongas así, que estás llamando la atención de las gentes.
CRISTOBALINA. — Por eso huyo de ellas; por eso me voy a meter en un rincón, donde no me vea nadie; a desahogarme allí a mis anchas.
DOÑA TRENZA. — Pero, mujer, ¿qué razón hay para tales extremos? Estás un poco desquiciada.
CRISTOBALINA. — Es posible: serán mis vehemencias. El tiempo lo dirá. Tú crees que nuestra sobrina va a ser muy dichosa en su matrimonio, y yo creo que va a ser muy desgraciada. ¡Ay! ¡ay! ¡Dios mío!
DOÑA TRENZA. — ¡Y dale! Sosiégate, que alguien viene hacia acá.
CRISTOBALINA. — ¡Qué tormento!
(Por la misma puerta de la izquierda sale ELADIA, doncellita muy mona y que, con motivo del acontecimiento del día en la familia, no se cambia por nadie. No parece sino que es ella la que se va a casar.)
ELADIA. — Señora.
DOÑA TRENZA. — ¿Qué hay?

ELADIA. Un señorito, que quería pasarle a la se-ñora su tarjeta, pero que no se la ha pasado porque dice que se ha dejado la cartera olvidada en su casa, desea saludar a la señora.

DOÑA TRENZA. — ¿No te ha dicho su nombre?

ELADIA. — El señor Portilla.

DOÑA TRENZA. — ¡Ah, sí: Portilla! Lo esperaba. Es-tos periodistas no pierden ocasión.

ELADIA. — ¿Es periodista? ¡Mire usted por dónde! Me alegro de haberle sonreído.

DOÑA TRENZA. — Viene por datos de la ceremonia; viene a ver el altar... Que pase.

ELADIA. — ¡Ay qué altar! ¡qué altar!

DOÑA TRENZA. — Para casarse, ¿no?

ELADIA. — Para casarse. o para divorciarse, señora.

DOÑA TRENZA. — ¡Muchacha! ¿Para divorciarse? ELADIA. —Divorciarse, ¿no es casarse dos veces?

DOÑA TRENZA. — ¡Qué desatino!

ELADIA. — Pues un primo mío, que está en el Juzgado de Chamberí, se quiere divorciar porque le gusta otra.

DOÑA TRENZA. — Dile que pase a ese señor y no ensartes más paparruchas.

ELADIA. —Dispense la señora. La alegría es muy atolondrada, y a mí me llega hoy la alegría de todos. *(Se va.)*

DOÑA TRENZA. — ¿Has oído, Cristobalina? ¡La alegría de todos!

CRISTOBALINA. — Sí, sí; ya. sé que yo soy en esta ocasión el garbanzo negro de la olla. ¡Ay! ¡ay! ¿A qué viene el simple de Portilla?

DOÑA TRENZA. — ¿A qué quieres que venga, mujer? ¡A preparar una crónica para la revista de sociedad en que escribe! Y hay que agradecérselo.

CRISTOBALINA. — Pues no te encargo más que una cosa: que como tienes la manía de contarle a todo el mundo la edad de las personas...

DOÑA TRENZA. — Yo ¿qué le he de contar a Portilla...? ¿A santo de qué? Pero, en fin; por si acaso: ¿qué edad quieres que le diga que tienes tú?

CRISTOBALINA. — ¡La que tengo!

DOÑA TRENZA. — (*Maliciosamente.)* ¿La que tienes?

CRISTOBALINA. — La que tengo, sí: treinta años.

DOÑA TRENZA. — Has hecho bien en decirme la cifra. Tu hermana mayor soy, y ya no recordaba puntualmente...

CRISTOBALINA. — ¡Ay! ¡ay!

DOÑA TRENZA. — ¡Por Dios, mujer! *(Volviéndose con gran afabilidad hacia el anunciado*

PORTILLA, muchachuelo imberbe, que aparece en este momento, hecho un caramelo de los Alpes.) ¡Manolo!

PORTILLA. — ¡Doña Trenza! ¡Cristobalina! A sus pies y a sus órdenes.

CRISTOBALINA. — Muchas gracias.

PORTILLA. - Ya he saludado a sus otras hermanas...

DOÑA TRENZA. — Sí: ellas van llevando el peso de los honores. Cristobalina, por sensible, y yo, por agotada, más estamos para que nos atiendan que para atender.

CRISTOBALINA. — ¡Ay!

PORTILLA. — Lo comprendo; bien que lo comprendo. Ciertas emociones... ¡Cómo está la casa de gente! ¡Lo mejor de Madrid!

DOÑA TRENZA. — ¡Son tantas nuestras relaciones!... Luego, las simpatías de los muchachos... ¿Usted se quedará al almuerzo?

PORTILLA. — ¿Cómo no? ¡Ya he visto en el jardín unas mesas espléndidas! ¡Primaveral! ¡primaveral! ¿Quién lo sirve?

DOÑA TRENZA. — Lhardy. Vaya usted, si quiere, tomando notas...

PORTILLA. — No, no acostumbro. Yo tengo mucha retentiva.

DOÑA TRENZA. — Mire usted el altar.

PORTILLA. — ¡Ah! ¡Divino! ¡Esplendente! ¡Un ascua de oro! ¡Lindo es esto de casarse en la propia casa! ¡Envidiable! ¡Primaveral!

DOÑA TRENZA. —Ha sido deseo de mi sobrina. Éste es el oratorio que fue de su madre. La muerte del padre de Quinita coincidió con la de mi marido, y desde entonces vivimos juntas.

CRISTOBALINA. — ¡Ay!

PORTILLA. — ¡Qué impresionada está Cristobalina!

CRISTOBALINA. — ¡Ay!

DOÑA TRENZA. — Mucho, mucho. Una boda es siempre una pregunta al porvenir. Para mí la de hoy tiene, .a no dudar, una bella respuesta. Serán muy felices. Yo he soñado con este matrimonio.

(CRISTOBALINA no puede oír ya esto en calma, y se aleja por la derecha, conteniendo sus sollozos a duras penas.)

PORTILLA. — ¡Muy impresionada!

DOÑA TRENZA. — Usted calcule... Las dos queremos a Quinita como a una hija. En mí no es extraño: viuda y sin hijos propios... En ella lo es más: soltera... ¡tan joven todavía!...

(*Esta última frase la dice levantando la voz, por si la escucha la interesada.)*

PORTILLA. — ¿De manera que el almuerzo dice usted que lo sirve Botín?

DOÑA TRENZA. — ¡No! ¡Lhardy!

PORTILLA. — ¡Lhardy! ¿Cómo no? Es que luego ceno en casa de Botín con unos portugueses, y se me ha metido entre ceja y ceja...

DOÑA TRENZA. — Tome usted nota...

PORTILLA. — No, no me hace falta. ¿Quién bendice la unión?

DOÑA TRENZA. — El obispo de Madrid-Alcalá.

PORTILLA. — Debí presumirlo: lo he visto ahí de uniforme...

DOÑA TRENZA. — ¿Cómo de uniforme?

PORTILLA. — ¡Qué cabeza! ¡Al lado del general Carranza, que viene de uniforme!

DOÑA TRENZA. — Ése es cabalmente el padrino.

PORTILLA. — Me lo había figurado.

DOÑA TRENZA. — Y la madrina, mi hermana Genoveva, que también la sacó de Pila.

PORTILLA. — ¿A quién?

DOÑA TRENZA. — ¡A Quinita!

PORTILLA. — ¡Ah, sí! No estuve.

DOÑA TRENZA. — Claro.

PORTILLA. — Todavía no actuaba... ¡Je! Y ¿quién es un muchacho que no se despega de Quinita, muy simpático él...?

DOÑA TRENZA. — Con aire de familia, ¿verdad?

PORTILLA. — Justo.

DOÑA TRENZA. — Pues es Manrique, mi sobrino, el hermano de ella, que vive en París y ha venido a la boda.

PORTILLA. — ¡Ya! El hermano, que vive en París, y ha venido a la boda... ¡Ya! Muy tierno, muy tierno. ¡Primaveral! ¿Adolfo ha dicho usted que se llama?

DOÑA TRENZA. — Manrique.

PORTILLA. — ¡Manrique! ¡Sí! Es que me acosté anoche leyendo a Bécquer y todavía confundo... ¡Bien, bien! Conque tenemos que el oratorio en que van a casarse era de su hermana de usted Genoveva.

DOÑA TRENZA. — No, no; el oratorio era de la madre de Quinita, de mi hermana Antonia, que en paz des-canse. Genoveva será la madrina, ¿no le digo a usted? ¿Por qué no apunta?...

PORTILLA. — ¡Jamás! ¡Me armaría luego un lío!

DOÑA TRENZA. — ¿Y así no?

PORTILLA. — ¡No! ¡Tengo muchísima retentiva! Al ponerme después ante las cuartillas para escribir, veo todo lo oído como en un espejo.

DOÑA TRENZA. — Menos mal.

PORTILLA. — No hay que decir que los novios estarán entusiasmadísimos.

DOÑA TRENZA. — ¡Entusiasmadísimos! Se da el caso raro de que ella no ha tenido otro novio ni él otra novia.

PORTILLA. — Eso es bonito. Lo diré: no han sido novios nunca.

DOÑA TRENZA. — Quinita ha cumplido ahora los veinticinco años y él los treinta. Pues desde los diez de ella se hablan y se quieren.

PORTILLA. = ¡Muy bonito! ¡Primaveral! Así da gusto. 3

DOÑA TRENZA. — ¿Vamos a pasar a ver los regalos?

PORTILLA. — ¿Cómo no?

DOÑA TRENZA. — Son innumerables: verá usted. ¡Un museo! Prepare usted el lápiz ahora.

PORTILLA. — ¡Ca! Con mi retentiva...

(Aparece por la derecha Don CAYO LAGARTERA, poeta de circunstancias desde su más tierna edad, y ya está bien maduro. Viene un tanto abstraído: algo trae entre pecho y espalda.)

DOÑA TRENZA. — ¡Lagartera!

PORTILLA. — ¡Don Cayo! ¿Usted por aquí?

DON CAYO. — ¡Portillita! ¡Querida Portillita! Soy gran amigo de la casa.

DOÑA TRENZA. — ¡Digo! ¡Apenas pica el sol! ¡Sus primeros versos, siendo todavía una criatura, cuando él empezaba, los leyó en mi boda!...

PORTILLA. — Igual que Zorrilla en el entierro de Fígaro.

DOÑA TRENZA. — ¡Igual precisamente, no!

PORTILLA. — ¡Por la revelación lo decía!

DOÑA TRENZA. — Eso sí.

DON CAYO. — ¡Porque ya hay distancia de la elegía al epitalamio! ¡Los versos que he compuesto yo desde entonces! ¡Dios mío! ¿Se acuerda usted de aquéllos?

DOÑA TRENZA. — ¿Quién podrá olvidarlos, Lagartera? Esas impresiones duran lo que la vida.

DON CAYO. — «Blanca paloma sin hiel... Escapada del nidal: abandonas tu fanal para ir a Luna de miel.»

DOÑA TRENZA. — ¡Inolvidable!

PORTILLA. — ¡Qué facilidad ha tenido siempre!

Don CAYO. — ¡Pchs! Las musas, que le soplan a uno... Y si me dejase más tiempo esa Tabacalera...

PORTILLA. — ¡Gran verdad es que el poeta nace! ¡Ya lo creo que nace! Hoy, por supuesto, nos dará usted alguna sorpresa...

DOÑA TRENZA. — ¡No será sorpresa!

DON CAYO. — Allá veremos... ¡Qué diablo! El que malas mañas ha... Mucho será que de aquí a los pos-tres del almuerzo no se me ocurra alguna tontería.

DOÑA TRENZA. — Pues vamos a dejarlo, Manolo; que a lo mejor venía buscando soledad...

DON CAYO. — ¡O tal cual consonante rebelde! ¡Je!

DOÑA TRENZA. — Por aquí.

PORTILLA. — Por donde usted me guíe.

(Se va por la derecha con DOÑA TRENZA.)

(DON CAYO sigue con su obsesión. Tras una pausa dice:)

DON CAYO. — Claro que siempre es más bonito recitar que leer... Produce más efecto, porque parece que se improvisa. Aunque nadie lo crea, lo parece. Si no me fallara la memoria... Probaré, probaré...

¿Qué pasa en este inigualado día...? ¡No hay como los sonetos en estos instantes!... ¿Qué pasa en este inigualado día...?

(*Continúa silabeando entre sí. Ha hecho un soneto para la fiesta y desea grabárselo en la memoria. Vuelve en esto CRISTOBALINA por donde antes se fue, y se dirige a él, ansiosa de volcar por su parte el acíbar que está tragando. Inoportunidad manifiesta, dado que nuestro hombre se halla metido en miel hasta el corazón. CRISTOBALINA le habla y él la escucha a medias, más atento a lo suyo.)*

CRISTOBALINA. — ¡Oh, Lagartera! ¡La Providencia me lo depara a usted!

DON CAYO. — ¿Cómo?

CRISTOBALINA. — ¡Yo necesito vaciar el cántaro, que ya rebosa! ¡A usted también lo veo preocupado, y seguramente la causa es la misma!

DON CAYO. — No...

CRISTOBALINA. — ¡Sí! ¡No me lo niegue usted, por-que nos conocemos! Usted anda queriendo aislarse, como yo; usted habla solo por los rincones, como yo... No es para menos, si comparte usted mi sentir... ¡Qué día! ¡Qué tragedia!

DON CAYO. — ¿Eh?

CRISTOBALINA. — ¡Qué tragedia! ¡Qué día! ¡Este casamiento es un disparate!

DON CAYO. — ¿Qué me dice usted?

CRISTOBALINA. — ¡Lo mismo que usted piensa! ¡Abajo la careta, Lagartera, que le abre a usted su pecho sangrante una mujer que está convencida de lo que dice! ¡Abajo la careta!

DON CAYO. — (*Maquinalmente.)* ¡Abajo!

CRISTOBALINA. — ¡Mi sobrina Quinita no debía casarse con ese hombre!

DON CAYO. — ¿No?

CRISTOBALINA. — ¡No, señor! ¡Ese hombre no la quiere, no la ha querido nunca! ¡Viene a casarse a rastras, comprometido ya por las circunstancias sociales y por el tiempo que lleva de relaciones! ¡Pero no la quiere; no la puede querer! ¡Para nadie es un secreto que tiene una amiga y dos hijos! La prueba es que tres veces ya se ha aplazado esta boda: ¡tres veces! Primero, que un luto; luego, que no sé qué enfermedad; después, que un viaje, y unas oposiciones, y un traslado, y eche usted todo lo que quiera. ¡Pretextos y evasivas! ¡La querindonga y nada más, que le saca los ojos como se case! ¡Pero aquí todos están ciegos, ciegos: nadie lo ve! ¡Y es la luz del día! Y a mí, que lo veo, me recusan por apasionada... Dicen que todo esto es despecho — ¡qué contra Dios! ¡qué lenguas!—porque suponen que alguna vez me hizo el amor Amalio... ¡Deliran! ¡Mienten! ¡Inventan lo que les da la gana! ¡A mí ese hombre no me ha mirado nunca con buenos ojos! ¡La antipatía es recíproca! ¡Él huele que yo lo he conocido! ¡Qué tragedia! ¡Qué crimen! ¡Pobre sobrina mía! ¡Que me ha pretendido nunca tamaño pasmarote!... ¡En todo caso, yo lo hubiera mandado a paseo! ¡Somos incompatibles! ¡Yo soy de fuego y él de horchata! ¡Ave María! ¡Unir mi vida a un estafermo así! ¡Un hombre que dice que se acuesta a oscuras para irse acostumbrando por si alguna noche se le funde la bombilla en la alcoba! ¡Jesús!

DON CAYO. — Calma, calma, Cristobalina...

CRISTOBALINA. — ¡No puedo! ¡Es superior a mí! ¡Veo la evidencia y no sé resignarme! ¡Qué boda! ¡Qué desastre! Es tal mi convicción...

DON CAYO. — *(Como quien viene de una estrella.)* ¿Qué?

CRISTOBALINA. — ¿Me escucha usted o no me escucha?

DON CAYO. — Sí, sí.

CRISTOBALINA. — Es tal mi convicción, que esta no-che he soñado que la boda no llegaba a lograrse; que él la dejaba plantada en el mismo altar...

DON CÁYO. — ¡Calle usted, por Dios! ¡Pobre soneto mío!

CRISTOBALINA. — ¿Qué?

DON CAYO. — ¡Pobre soneto mío!

CRISTOBALINA. — ¡Ah! ¿Esto es todo lo que se le ocurre a usted ante mis palabras?... ¿Compadecerse nada más que del buñuelo que nos prepara para los postres?

DON CAYO. — ¡Cristobalina!...

CRISTOBALINA. — ¡Qué decepción! ¡Qué infamia! ¡Y yo creía hablarle a un convencido como yo, a una persona inteligente! ...

DON CAYO. — Cristobalina... la veo a usted en un estado tal de excitación, que lo mejor que puedo hacer es disculparla... dar por no oído... ¡Le ha llamado usted buñuelo a una composición que

no conoce todavía!...

CRISTOBALINA. — ¡Conozco el aceite y la masa! ¡Pues, hombre!

DON CAYO. — Bueno, bueno... ya digo que lo mejor es no enterarse...

CRISTOBALINA. — « ¡Pobre soneto mío!» ¡Ocurrencia es! ¡Qué sarcasmo! « ¡Pobre soneto mío!» ¡Hay que oír de todo en este mundo!

DON CAYO. — No enterarse, no enterarse... No hay otra salida... No enterarse... ¡Buñuelo mi soneto! ¡Yo no me he enterado!

(Se vuelve a ir por la derecha, con fuego en los carrillos.)

CRISTOBALINA. — ¡Madre de Dios! ¡Y éste es un amigo leal! ¡Y en el día de hoy sólo le importa su soneto! ¡Ganas dan de echarlo de la casa!

(Aparece en esto por la puerta de la izquierda la heroína, QUINITA FLORES, en traje de novia, acompañada de su hermano MANRIQUE, joven diplomático. No hemos de dejar el elogio que merece QUINITA ni a PORTILLA ni a LAGARTERA. Es su belleza dulce y serena. A sus lindos ojos asoma un alma llena de luz; de luz suave y tranquila. Al verla vestida de novia, cerca del altar en que ha de bendecirse su matrimonio, dichosa y sonriente, hay que ser de mármol para no envidiar al futuro dueño.)

QUINITA. —Cristobalina, te buscaba.

MANRIQUE. — ¿Qué haces aquí sola?

CRISTOBALINA. — No lo sé: escapar de mí misma.

QUINITA. — Al revés que todo el mundo, que desea verte. Acaba de llegar Ernestina Olive, y pregunta con insistencia por ti.

CRISTOBALINA. — Allá voy. Tu fu... tu no... Amalio ¿no ha venido aún?

QUINITA. — Aún no. Se conoce que quiere chafarme. Se está componiendo más que yo.

CRISTOBALINA. — ¡Ay!

(Vase de estampía por la puerta de la izquierda.)

QUINITA. — Pero ¿tú ves esto, Manrique? ¿Te explicas tú la actitud de Cristobalina?

MANRIQUE. — Chica, me está llamando la atención desde que llegué.

QUINITA. — (*Risueña.)* Da no sé qué mirarla. No duerme hace tres noches. Tiene los ojos abrasados. ¡Ni que Amalio fuera a apoderarse de mí para conducirme a un desierto y entregarme a las fieras! ¡Qué miedo!

MANRIQUE. — Pero eso, ¿por qué es?

QUINITA. — ¿Quién puede averiguarlo? Como no sea por la frenética antipatía que siempre le ha tenido...

MANRIQUE. — No es bastante, hermana. Sería una insensatez que, tratándose de tu ventura, no

supiese ella reprimirse, disimular siquiera...

QUINITA. — Pues no sabe.

MANRIQUE. — Pues debería aprender; que ya tiene años para ello... aunque los disimule. El asunto es que, a pesar mío, ha conseguido preocuparme.

QUINITA. — ¡Manrique!

MANRIQUE. — SÍ, hermana.

QUINITA. — Mira a tía Trenza, mírame a mí, míranos a todos.

MANRIQUE. — Desde que llegué a París no hago sino eso: mirar a todos. Además, es condición de diplomático, Quinita, procurar enterarse del fondo de las cosas por propia observación, usando de la natural perspicacia. Como, por otra parte, vivo hace tiempo lejos de vosotros, sin ser muy lince veo de pronto en el cuadro mucho más que los que a diario lo con-templan y ya están habituados a él. Y el claroscuro que noto es violento: de Zurbarán. Tía Trenza lo pinta todo de color de rosa. No hay para ella una sombra en el horizonte. Cristobalina, en cambio, ve negro hasta tu ramo de azahar. Más diré: tu ramo de azahar es lo que ve más negro. ¿Qué razón hay para esta divergencia?

QUINITA. — *(Con buen humor.)* ¡Que Cristobalina está chiflada!

MANRIQUE. — ¿Chiflada?

QUINITA. — ¡Chiflada! Y un loco hace ciento. Piensa también, si quieres explicártelo de otro modo, en lo que desquicia la soltería a algunas mujeres. Cuando ya van perdiendo toda esperanza de matrimonio, se vuelan, se crispan, y la pegan con todo el mundo. ¡Dios mío! ¡Si ella me escuchara!...

MANRIQUE. — No he dejado de hacerme esa reflexión, no te figures. Pero, no obstante...

QUINITA. — En serio, Manrique. Ven acá. Quiero yo infundirte mi confianza y acabar con esas dudas tuyas. Yo también soy un poquito diplomática y me he dado cuenta de tu lucha interior. ¡Imagina lo que te la agradezco, porque me dice sin palabras todo lo que me quieres y todo lo que te interesa mi porvenir! Ven acá. Estamos frente al altar en que voy a casarme; frente al oratorio en que mamá rezaba y pedía a Dios por nosotros. Pues aquí te digo que deseches todo temor, todo recelo; que no dudes de mi futura dicha.

MANRIQUE. — ¿No, verdad?

QUINITA. — No. Sé adónde voy y con quién voy. No soy tan niña como para dejarme llevar a ciegas al matrimonio. Me hago cargo de cuanto me puede guardar. Pero como estoy segura de que Amalio me quiere mucho...

MANRIQUE. — ¿Te quiere mucho?

QUINITA. — Con toda su alma. Y como estoy todavía más segura de cuanto yo lo quiero a él...

MANRIQUE. — ¿También mucho?

QUINITA. — ¿Me casaría, si no? Lo quiero mucho, mucho. Sólo que a mi modo. Yo no creo en esas llamas repentinas de cariño entre hombre y mujer; es decir, creo en ellas, pero no en la duración de su fuego. Amalio y yo nos conocemos desde niños; parecemos predestinados a esta unión. Y un cariño que se ha ido labrando de esta manera día tras día, despacito, sin relumbrones, está mucho mejor cimentado que algunos, otros que parecen más vivos. ¿No opinas tú así?

MANRIQUE. — Sí; lo que dices es razonable.

QUINITA. — A mí no me han asaltado nunca celos terribles porque él tardase un día en venir a verme, ni súbitos rubores porque me trajese un regalo imprevisto, ni angustias porque otras mujeres lo miraran, ni palidez porque ante mí se atreviera alguien a discutir algún acto suyo; ni jamás me ha entrado tampoco deseo de asomarme al balcón como para arrojarme por él al saber de improviso que iba pasando por la calle... No, no; eso, nunca. No soy así: soy un poco más Doña Quieta, Doña Suave.

MANRIQUE. — ¡Y bendita sea esa serenidad de tu corazón!

QUINITA. — Como también te digo que me caso con esta ceremonia y este boato por complacer a la tía Trenza. Mi gusto hubiera sido muy otro. Cuanto más trascendental y grave pueda ser lo que a mí se refiera, más gente me estorba alrededor. Yo no hubiese querido aquí más que a vosotros: a ti, a las tías, a los padrinos, porque no hay más remedio, y al cura, por lo mismo.

MANRIQUE. — ¿Al novio, no?

QUINITA. — ¡Hombre, el novio, por sabido se calla! Y nadie más. Y arrodillados ante aquella Dolorosa, las menos palabras posibles. « ¿Me quieres?» « ¡Te quiero!» « ¿Para toda la vida?» « ¡Para toda la vida!» Y las bendiciones. ¿No es bastante, Manrique?

MANRIQUE. —A poderlo lograr, ¡ya lo creo!

QUINITA. —Me sobra todo este ruido. ¡Cuánta curiosidad indiferente!... ¡Los testigos de campanillas, los invitados por el qué dirán, los músicos, los periodistas, los fotógrafos, el banquete!... Todo eso, que no es sino vanidad y exhibición, y que yo por naturaleza rechazo; pero ha sido capricho de la tía Trenza, que soñaba con esté día, y no he querido contrariarla. ¡Ella habría deseado ponerme hoy en un escaparate de la Puerta del Sol; que no quedara en Madrid una persona, ni gato ni perro, que no supiese que yo me casaba a su gusto! ¡Ja, ja ja! ¡La pobre! Qué, ¿siguen preocupándote los temores de Cristobalina, después de oírme? ¿Sí o no?

MANRIQUE. — ¡No!

QUINITA. — ¿De veras?

MANRIQUE. — De veras.

QUINITA. — ¡Qué sé yo, Manrique! No te encuentro muy convencido. ¿Qué nubes quedan?

¿Quizá aquella ojeriza que le tuviste a Amalio alguna vez?

MANRIQUE. — Quinita, esa ojeriza es planta que da el parentesco. Ya sabes el refrán: parentesco que empieza con cu...

QUINITA. — Llamándole hermano y no cuñado, acabas con el refrán de un golpe.

MANRIQUE. — Sí; pero eso ha de ser obra de los años. A mí también me agrada cimentar los afectos como a ti. Declaro que hace tiempo le tenía a tu futuro mala voluntad... Deseaba contradecirlo; me complacía en mortificarlo siempre que podía... El parentesco, el parentesco... Pero ahora ya, cuando no hay más remedio que tragarlo tal como es, cuando te oigo cantar la dicha que a su lado esperas, cuando vengo a presenciar tu boda...

QUINITA. — ¡Ay! (Pausa.) Déjame un momento rezar.

MANRIQUE. — Reza.

(*QUINITA entra en el oratorio y se arrodilla ante el altar. El hermano pasea pensativo, contemplándola. De repente vuelve CRISTOBALINA por la puerta de la izquierda, trémula, agitada; y al ver a QUINITA rezando, corre hacia MANRIQUE, se lo lleva aparte y, llena de zozobra, le habla así a media voz:)*

CRISTOBALINA. — Manrique, escúchame.

MANRIQUE. — ¿Qué?

CRISTOBALINA. — Escúchame.

MANRIQUE. — Mujer, ¿qué te pasa?

CRISTOBALINA. — ¡Ay, Jesús! ¡Dios ha hecho que esté rezando esa inocente!

MANRIQUE. — Pero ¿hasta dónde te van a llevar tus nervios?

CRISTOBALINA. — ¡Ay, Jesús! ¡El cielo quiera que me engañe! Ahí está Zaldívar.

MANRIQUE. — ¿Quién es Zaldívar?

CRISTOBALINA. — ¿Quién ha de ser Zaldívar? El amigote, el secretario, el satélite de ese dichoso hombre. MANRIQUE. — ¿De qué hombre?

CRISTOBALINA. — ¡De Amalio!

MANRIQUE. — ¿Y qué?

CRISTOBALINA. — Que, pálido, como la cera, me ha dicho que necesita verte.

MANRIQUE. — ¿A mí?

CRISTOBALINA. —A ti: con urgencia. No sé qué ocurrirá.

MANRIQUE. — Nada, mujer. Serán tus cosas. ¿Dónde está Zaldívar?

CRISTOBALINA. — En el jardín.

MANRIQUE. —Voy a verlo. Pero no lo conozco.

CRISTOBALINA. — En cuanto lo veas lo conoces. Su actitud es reveladora. Él, además, te conoce

a ti. MANRIQUE. — ¿Qué demonios traerá? (Vase a escape por la derecha.)

CRISTOBALINA. — ¡Señor, Señor, si es lo que presiento perdóname!

(Vuelven DOÑA TRENZA y DON CAYO, que se cruzan con MANRIQUE.)

DOÑA TRENZA. — ¿Adónde va Manrique, Cristobalina? ¡Va ciego!

CRISTOBALINA. — *(Esforzándose en disimular v sonreír.)* No sé... Parece que lo ha llamado un amigo... DOÑA TRENZA. — Te traigo a Lagartera para que le des una satisfacción.

CRISTOBALINA. — Las que guste.

DON CAYO. — ¡Por Dios, Trenza!

DOÑA TRENZA. —Me refiero a la satisfacción de que oigas el soneto que ha escrito para la ceremonia de hoy. ¡Es admirable! ¡Es inspiradísimo!

CRISTOBALINA. —Como suyo, Trenza; como suyo. No tome usted en cuenta, Lagartera, mi sofión de hace poco... Soy irresponsable en ciertos momentos...

DOÑA TRENZA. — Dígale usted el soneto; dígaselo...

DON CAYO. —A tanto rogar... Sea.

DOÑA TRENZA. — A mí se me cae la baba escuchándolo.

DON CAYO. — Quería reservarlo hasta luego; pero, en fin, sea. Dice así:

« ¿Qué pasa en este inigualado día...?»

(Sale QUINITA del oratorio.)

QUINITA. — ¿Lo puedo oír yo?

DOÑA TRENZA. — ¡Hija de mi vida! A tiempo sales...

DON CAYO. — ¡La musa inspiradora!

DOÑA TRENZA. — Verás, verás... Es un portento.

QUINITA. — Como de costumbre. A este don Cayo no se le paga con nada. Siempre regalando sus flores... DON CAYO. — No me abochornes, niña... Yo pensaba guardarlo para la hora del champagne; pero esta tía tuya...

QUINITA. — Venga, venga ya, que estoy impaciente.

DON CAYO. —

« ¿Qué pasa en este inigualado día...?»

(Llega ELADIA por la puerta de la izquierda.)

ELADIA. — Señora.

DOÑA TRENZA. — ¡Vamos!

DON CAYO. — ¡Vaya!

ELADIA. — Doña Genoveva me pregunta que dónde se van a colocar los músicos.

DOÑA TRENZA. — Dile que ahora voy yo.

ELADIA. — Si lejos, si cerca, si en el cenador de rosales...

DOÑA TRENZA. —Ahora voy yo.

ELADIA. — ¿Está el señor leyendo sus versos? ¡Ya son bien bonitos! (*Márchase.*)

DON CAYO. — (*Tosiendo levemente.*) ¡Diablo de muchacha!

DOÑA TRENZA. — ¿Qué dice?

DON CAYO. —Nada... Me vio antes como hablando-solo... y hube de confesarme... Y le leí el soneto... ¡Debilidades de poeta! Moliére le leía sus comedias a la cocinera... Vamos allá.

« ¿Qué pasa en este inigualado día? ¿Por qué el ambiente...?»

(*Le corta por tercera vez la palabra la llegada, por la derecha, de TOMÉ, criado viejo. Viste de frac.*)

TOMÉ. — Señora.

DOÑA TRENZA. — ¡Ánimas benditas!

DON CAYO. — ¡Pero, hombre!...

DOÑA TRENZA. — ¿Qué traes, Tomé?

TOMÉ. -- Dicen por teléfono, de no sé qué periódico, que en cuanto los fotógrafos despachen aquí, se lleguen a no sé qué sitio; que ha habido un hundimiento terrible.

DOÑA TRENZA. — ¡Vaya por Dios! Pero ¿a mí qué me cuentas, hombre? Búscalos tú y dales el recado. En el jardín deben de estar.

TOMÉ. — Dispense la señora. He venido a interrumpir, por lo visto...

DOÑA TRENZA. — Sí, sí; déjanos.

TOMÉ. — Los versos del señor, ¿verdad? (*Con ademán y gesto ponderativos.*) ¡Canela!

(Vase. A DON CAYO se le repite la tos de antes. Y a la tos sigue la tímida disculpa.)

DON CAYO. — Moliére...

QUINITA. — Ande, ande; no se entretenga más.

DON CAYO.

« ¿Qué pasa en este inigualado día? ¿Por qué el ambiente se satura en rosas?

(Mira escamado hacia la izquierda y derecha y luego prosigue:)

¿Por qué lucen más ricas y vistosas la seda, y la abundante pedrería?

¿Por qué Madrid se torna Andalucía, por su azahar y por distintas cosas? ¿Por qué dejan estelas luminosas aun las personas de menor valía?

Todo es luz y color, gala y tersura...

(Se detiene un instante como atragantado. Es que se le olvida momentáneamente lo que si que. Lo recuerda presto, gracias a Dios, y termina:)

Cantan fuentes y cantan ruiseñores ocultos en la mágica espesura.

Y a las preguntas de interlocutores, dice una voz que viene de la altura: — ¡Hoy es la boda de Quinita Flores!»

QUINITA. — ¡Precioso! ¡Precioso!

DOÑA TRENZA. — ¿Verdad que es precioso?

QUINITA. — ¡Preciosísimo!

DON CAYO. — ¡Oh! Muy amables...

QUINITA. — ¿Te ha gustado, Cristobalina?

CRISTOBALINA. — ¿No había de gustarme, mujer?

DON CAYO. — ¡Bah! Las flores que yo traigo a la mesa... ¡Pompas de jabón! Sonar, suenan bien, lo reconozco... La música del verso español es tan grata...Y eso sí; ese orgullo lo tengo: ripios no hay. (*Vuelve en este instante MANRIQUE, por* donde *mismo se marchó, lívido y descompuesto. Le contraría la presencia de LAGARTERA, a quien ahuyenta sin perder un segundo.*

CRISTOBALINA se le acerca rápidamente.)

MANRIQUE. — Hola.

CRISTOBALINA. — ¿Qué era ello?

MANRIQUE. Aguarda. Señor de Lagartera; don Cayo.

DON CAYO. — ¿Qué?

MANRIQUE. — ¿Ha visto usted a la marquesa de Marzal?

DON CAYO. — ¿A Paquita Marzal? No, no la he visto.

MANRIQUE. — Pues ahora preguntaba por usted.

DON CAYO. — Pues voy a su encuentro. Con permiso de ustedes. A la cuenta, algún encarguillo poético...

(Vase por la izquierda.)

MANRIQUE. — No lo busca nadie; ha sido un pretexto para alejarlo. ¡Quinita!

QUINITA. — ¿Qué te pasa, Manrique?

DOÑA TRENZA. — Sobrino, ¿qué tienes?

QUINITA. — ¿Te has puesto malo?

MANRIQUE. — No.

QUINITA. — Sí. Algo te ocurre. Estás desencajado, tembloroso...

MANRIQUE. — ¡Eso sí! ¡De indignación, de rabia, de ira!

CRISTOBALINA. — ¡Jesús! ¡Jesús!

QUINITA. — ¿De ira?

MANRIQUE. — ¡De ira, sí; de ira!

CRISTOBALINA. — ¡Jesús!

DOÑA TRENZA. — Pero ¿qué sucede, muchacho, para que así vengas?

MANRIQUE. — ¡No quieras saberlo!

QUINITA. — ¡Por Dios! ¡No nos asustes! ¡No me alarmes! Amalio... ¿Le pasa algo a Amalio?

MANRIQUE. — (*Crispando los puños.*) ¡Amalio!...

QUINITA. — ¿Qué?

MANRIQUE. — Quinita; hermana: ahora sí que necesitas de toda tu serenidad, de toda tu fortaleza de espíritu.

QUINITA. — ¡Por Dios, Manrique! ¿Qué le pasa a Amalio? ¡Por algo tardaba! ¿Qué le pasa? ¡Dímelo! ¡Dímelo!

MANRIQUE. — ¡Nada; no le pasa nada... todavía; pero le pasará muy pronto, porque yo lo tengo que buscar para abofetearlo!

QUINITA. — ¡Virgen María!

CRISTOBALINA. — ¡Jesús!

DOÑA TRENZA. — ¿Qué dices, niño?

QUINITA. — ¿Qué dices?

MANRIQUE. —Digo, digo... Ten tú mucho ánimo.

QUINITA. — ¡Habla, por los clavos de Jesús!

MANRIQUE. — Amalio, tu prometido, al que esperabas para entregarle tu alma y tu vida...

QUINITA. — ¿Qué?

MANRIQUE. — ¡No las quiere!

QUINITA. — ¿Qué?

MANRIQUE. — ¡No las quiere; se va de Madrid; huye de tu lado en estos momentos!

QUINITA. — ¡No!

MANRIQUE. — ¡Sí!

QUINITA. — ¡No es verdad!

MANRIQUE. — ¡Sí es verdad, hermana!

QUINITA. — ¡No es verdad! ¡no es verdad! ¡Yo no puedo creerlo, Manrique!

MANRIQUE. — ¡Pues lo habrás de creer por mucho que te cueste! ¡Amalio ha huido!

CRISTOBALINA. — ¡Infame! ¡infame!

DOÑA TRENZA. — ¡El Señor nos valga! ¿Es posible?

QUINITA. — (*Desfalleciendo, anonadada.*) ¡Ay de mí!... ¿Es posible? ¿Merezco yo esto, madre mía?

DOÑA TRENZA. — (*Atendiéndola.*) ¡Quinita! ¡Hija! ¡Pero si será un desvarío de tu hermano!... Tú ¿por quién sabes...? ¿Cómo sabes?... ¿Qué sabes?...

QUINITA. — ¡Virgen de mi alma! ¡Yo me voy a morir de vergüenza y de horror... de miedo de la vida!... ¡Dime lo que sepas, Manrique! ¡Dímelo!

MANRIQUE. — ¡Hazte fuerte, nena! ¡Hazte fuerte! ¡La prueba es espantosa, cruel; pero si ése es el hombre en quien tú fiabas, lo que te debe espantar es la idea de haberte hecho suya para siempre!

QUINITA. — (*Entre lágrimas.*) ¡Si te digo que no puedo creerlo! ¡No puedo! ¡Habla, por nuestra madre!

MANRIQUE. — ¿Qué más te he de decir? Ha venido a buscarme un íntimo suyo, el cual ha recibido una carta en que le revela su decisión de irse de Madrid, y pide que todos lo perdonen.

CRISTOBALINA. — ¡Infame! ¡Qué corazón más fiel el mío!

MANRIQUE. — Se llama cobarde cien veces, se insulta. otras ciento, jura y perjura que todo es a pesar suyo, y dice que no sabe cómo podrá vivir... ¡pero se va!

QUINITA. — ¿Tú has visto esa carta?

MANRIQUE. — La he visto. El hecho es indudable.

DOÑA TRENZA. — ¡Pero Amalio se ha vuelto loco!... ¡Hay que ir a buscarlo!...

QUINITA. — ¡No! ¡Eso, no!

DOÑA TRENZA. — ¿Cómo que no?

QUINITA. — ¡Como que no!

MANRIQUE. — ¡De buscarlo yo me encargaré, por mucho que huya y que se esconda!

QUINITA. — ¡Eso, menos aún!

CRISTOBALINA. — ¡Infame!

QUINITA. — (*Rompiendo a llorar.*) Pero ¿por qué ha hecho esto? ¿Por qué?

DOÑA TRENZA. — ¡Jesús! ¡A mí me va a costar la vida! ¡Y todo Madrid en esta casa! ¡Qué vergüenza! MANRIQUE. — ¡La de él!

CRISTOBALINA. — ¡La de él! ¡Tú lo has dicho! ¡Así se sabrá quién es ese hipócrita!

MANRIQUE. — No llores demasiado, hermana.

QUINITA. — ¿No he de llorar? Si no llorase ahora, ¿crees que resistiría este golpe? ¡Si no acabo de con-vencerme! Pero ¿eres tú, Amalio, eres tú el que hace esta felonía conmigo? ¿No me querías de veras? ¿Me engañabas? ¿He vivido engañada por ti? ¡Cómo me resisto a creerlo, Dios mío! ¡Qué

dolor tan grande! ¡Ese hombre no puede calcularlo! ¡No tiene corazón! ¡Ese hombre es incapaz de haber visto cómo mi alma se esforzaba en irse acomodando a la suya; cómo iba yo a moldear mi vida para labrarle a él una dicha constante! ¡No, no lo ha visto; no ha podido verlo! ¡Si lo hubiese vislumbrado siquiera, estaría aquí conmigo, no por cariño a mí, sino por codicia de lo que yo le daba! ...

DOÑA TRENZA. — Vamos, hija mía...

CRISTOBALIN1. — Quinita; lucero...

MANRIQUE. — Hermana...

QUINITA. — ¡Dejadme llorar... dejadme sola!... ¡Id a los salones y decidles a todas esas gentes, a quienes yo no quiero ver, que Quinita Flores no se casa con su prometido, porque él renuncia a ella!...

DOÑA TRENZA. — ¡Quinita! ¡Alma!

QUINITA. — ¡Y decidles también que le voy a pedir a la Madre de Dios luz para ver claro en estas sombras, y fuerzas para arrancarme del corazón hasta el recuerdo de quien así me deja!

(Vacilante, llorosa, en medio de la compasión de los suyos, se llega al altar y se hinca de rodillas, como antes la vimos. Las damas y el muchacho la contemplan con dolorosa angustia, y luego dice cada uno entre sí, con voz apenas perceptible:)

DOÑA TRENZA. — ¡Corazón mío!

CRISTOBALINA. — ¡Infame! ¡infame!

MANRIQUE. — ¡Me daré el placer de abofetearlo!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín de la fonda de Los Almendros, en Pedralejo, pueblo andaluz, famoso por sus aguas medicinales. Una plazoleta rectangular, denominada de las Cuatro Esquinas; y formada por cuatro pilares sencillos, encalados de blanco y azul, que sirven de sostén a sendas macetas con flores. Bancos de madera y hierro, como los que suelen verse en los paseos públicos, pintados de verde. Dos sillas volantes. Diversidad de flores por dondequiera, nacidas en desorden gracioso. Es un atardecer de mayo; un mes después de los sucesos del acto primero.

(CARMELA y PEPETE, gentil camarera y mozo de comedor de la fonda, salen por la derecha. PEPETE, enamorado de CARMELA, la persigue. Es cosa natural, y además, en este caso, reveladora de buen gusto. ¡Hay que ver a CARMELA!)

PEPETE. — ¿A qué vienes tú a las Cuatro Esquinas?

CARMELA. — Buscando er borzo de doña Pilá, que no zabe ónde ze lo ha dejao. ¿Y tú, a qué vienes?

PEPETE. — ¡Detrás de ti, lusero!

CARMELA. — ¡Ea!

PEPETE. — ¡Me traes de coroniya!

CARMELA. —Pos ponte en pie derecho y no te traslimites cormigo.

PEPETE. — ¡Ven acá, orguyosa!

CARMELA. — ¡Estáte quieto, hombre!

PEPETE. — ¡Si se me van las manos a ti como los gatos ar pescao!

CARMELA. — ¡Que nos van a vé!

PEPETE. — ¿Quién nos va a vé, si está ya la fonda en cruz y en cuadro, chiquiya? ¿Quién nos va a vé?

(FRAY CRISTINO aparece por la izquierda oportunamente.)

FRAY CRISTINO. —Yo, por ejemplo.

(Es un capuchino de tierras de Castilla, viejo, fuerte, decidor, mundano, entrometido.)

CARMELA. — (Avergonzada.) ¡Vaya! ¿Lo estás viendo, Pepete? ¿Lo estás viendo?

FRAY CRISTINO. — ¡El que lo estaba viendo era yo! Y se van a acabar estos idilios trasconejados. A casarse, a casarse y a no andar a salto de mata. Aquí está Fray Cristino para echaros las bendiciones. ¡Tengo muy buena mano!

CARMELA. — ¡Vinge!

PEPETE. — ¡Ya lo oyes, paloma!

CARMELA. — ¡Están verdes las uvas toavía!

FRAY CRISTINO. — Pues si están tan verdes, más formalidad. ¡O se lo digo a doña Pepa, y vais a la calle los dos!

CARMELA. — ¡Várgame Dios, padre Cristino! Después e to, no estábamos haciendo na malo.

FRAY CRISTINO. — Entonces, ¿por qué temías tú que te viesen?

CARMELA. — ¡Ea, zeñó! Hay muchas cozas que no zon malas... y zin embargo no quiere una que nadie las vea. Un poné: bañarze.

FRAY CRISTINO. — Bueno, bueno, resabidilla; ya me entiendes tú. ¡Oiga! Viene para acá la parejita que llegó esta mañana.

PEPETE. — ¡Ah, sí! ¡Más silensiosos son y más aburríos!...

FRAY CRISTINO. — ¿Son matrimonio?

PEPETE. — Deben de serlo; ¡porque han pedío habitasiones separás!...

CARMELA. — ¡Mía qué tunante eres! A mí me ha dicho Concha la lavandera que zí zon matrimonio.

FRAY CRISTINO. — Sí lo serán: aspecto de cosa non sancta no tienen.

PEPETE. — Vaya usté a fiarse. Acuérdese usté de aqueya otra pareja del año pasao, que luego

resurtó lo que resurtó.

CARMELA. — Hombre, no compares. Aqueya mujé yevaba los labios mu pintaos. Y ezo ziempre da mala espina, ¿verdá, padre Cristino?

FRAY CRISTINO. — Por lo menos, ya hay una primera mentira en los labios. ¡Sin que ellos digan nada!

CARMELA. — ¡Ea!

FRAY CRISTINO. — Voy a ver si pego la hebra con estos dos, y salimos de dudas.

PEPETE. — Difisiliyo es. ¡Yo no he podio pegarla!

CARMELA. — Y ¿dónde te vas tú a poné con er padre, prezumío to?

(Se va por la izquierda. PEPETE va a contestarle algo y a seguirla; pero, reparando en FRAY CRISTINO, lo deja, y se va por donde llegó.)

FRAY CRISTINO. — *(Dándose cuenta.)* Estos arrapiezos... como no los casemos pronto... ¡Es mucho mes este de mayo en Andalucía... y son muchas las ocasiones!...

(Por la derecha viene en esto la pareja objeto de los anteriores comentarios: son QUINITA y MANRIQUE. Ella trae un libro y él un periódico.)

MANRIQUE. — Vamos a sentarnos aquí.

QUINITA. — Como quieras.

FRAY CRISTINO. — Buenas tardes tengan ustedes.

MANRIQUE. — Buenas tardes.

QUINITA. — Buenas tardes.

FRAY CRISTINO. — Ustedes perdonen la curiosidad: ¿cómo a estas alturas de mayo por Pedralejo? ¿No saben ustedes que la temporada termina a fin de mes?

MANRIQUE. — Sí, señor, sí. No nos da cuidado.

FRAY CRISTINO. — Ya apenas queda nadie. En la fonda de La Perla, ni un alma. En casa de Micaela Rute, una familia de Jaén, y aquí, en Los Almendros, una madre y una hija, que esta tarde se van, y un servidor de ustedes, que todos los años echa la llave de la fonda. Porque queda también todavía un don Norberto Gómez, hombre adusto, que no habla con su sombra ni se reúne jamás con nadie. Es como un árbol que se traslada de un sitio a otro. ¡Je! No cuenten ustedes con él para nada. Pero hace quince días esto era una feria; una feria. No se cabía en la casa. Cada año tienen más renombre las aguas éstas. Por supuesto, son excepcionales; obran maravillas. ¿Las toma su señora o usted?

MANRIQUE. — Ninguno de los dos las necesitamos, a Dios gracias. Pero, de todos modos, lavarse un poco el hígado nunca está de más.

FRAY CRISTINO. — ¿Visitaron ya al médico?

MANRIQUE. — No, señor; aún no.

FRAY CRISTINO. — Cuidado con él. Buena persona; muy sensato; pero lleven ustedes plata suelta, porque es también muy distraído, y desconoce lo que es dar la vuelta de un billete.

MANRIQUE. — (*Riéndose.*) ¿Sí?

FRAY CRISTINO. — Sí. ¡Flaquezas!... Mucha gente ha podido apreciar en él ese defectillo... Somos débiles. Yo les debo la vida a estas aguas. Y me he convertido en portavoz de sus excelencias. Hay días que me bebo, entre tarde y mañana, hasta veinte vasillos de esos de petaquita. Mi convento está aquí a media legua. Algunos días voy y vengo. Porque, a pesar de mis años, me conservo fuerte. No me asusto de una caminata. Soy castellano. Nací en Belmonte, donde Fray Luis de León.

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido!...

¡Diferencia va de fraile a fraile! ¡Je! (*QUINITA, sentada, hojea su libro, dando a entender con su actitud que no tiene ganas de palique.)* En lo que van ustedes a ganar por haber venido tan tarde es en la cocina. Este año hemos tenido cocinero nuevo, con mala suerte. Muchas pretensiones y poca ciencia. Se fue hace ocho días, y no con diploma de honor. Ahora nos guisa la dueña de la casa, doña Pepa, ¡que tiene unas manos!... Ganan, ganan ustedes. Ya verán qué empanadillas hace. ¡Y qué mermeladas, los domingos! De allí al cielo. El jardín les habrá gustado mucho, ¿no?

MANRIQUE. — Mucho.

FRAY CRISTINO. — Es encantador; es lindísimo. En su sencillez, en su modestia, en su desorden pintoresco tiene su mejor gracia. A mí los jardines a la inglesa, tan recortados y tan repuliditos, me revientan. Yo aquí echo también mi cuarto a espadas con el jardinero. Aquel plantel de margaritas lo puse yo hace años. Y los dos jazmines de la tapia. Y aun en la huerta he metido alguna que otra vez mi almocafre. ¡Me divierto y sudo! A esta plazoleta le dicen de las Cuatro Esquinas. Es muy apañadita para el reposo y la charla íntima. Y un tantico amorosa. Aquí se encuentran siempre las camareras y los gatos. ¡Je! ¡Y las mariposas también, naturalmente! ¡Miren esas dos blancas que van juguetean-do, cómo brillan y alegran el aire! ¿Eh? Miren, miren... Si ustedes vienen de luna de miel... (*Los dos hermanos se sonríen.*) Vaya, no les molesto más. El onceno...

MANRIQUE. — No; no nos molesta, padre.

FRAY CRISTINO. — Muchas gracias. Perdónenme. Tiempo les queda para la soledad. ¿Qué habitaciones les han dado a ustedes: el 7 y el 8?

MANRIQUE. — Sí, señor.

FRAY CRISTINO. — Estarán a gusto. Son frescas. No les entre la tentación de mudarse al 10, que tiene dos camas, atraídos por las buenas vistas. Es muy calurosa. Por un rincón pasa un tubo del agua caliente de la cocina, y se cree uno que está en el Purgatorio. ¡Y tiempo habrá de ir! Contra las moscas no les digo nada, porque es inútil. La hermana mosca es aquí el único azote irremediable. Vienen a tomar las aguas todas las del contorno. ¡Je!

MANRIQUE. — Y les sientan bien, se conoce.

FRAY CRISTINO. — Se conoce. Vuelven todos los años, y las recomiendan a sus amistades. ¡Ah! Por si acaso. Si no quieren ustedes ir a misa en la iglesia del pueblo, todas las mañanas, al ser de día, oficio yo en esa ermita vecina. Mire, caballero: desde aquí puede verla: al pie mismo de aquel olivar. A dos minutos de la fonda. Eso sí: hay que madrugar un poquito. Bien que aquí el madrugón es casi inevitable. Luego se duerme siesta. Pero las aguas, a las cinco de la mañana, mejor que a las seis; y a las cuatro, mejor que a las cinco. Adiós, señores. Ya les dejo. Mándenme cuanto quieran.

MANRIQUE. — Obligadísimos.

FRAY CRISTINO. — Hasta luego.

(Se va por la derecha.)

QUINITA. — ¡Qué mareo! Es charlatán de veras el buen señor.

MANRIQUE. — ¡Bien haya! Dios te depare siempre charlatanes así.

QUINITA. — ¿Cómo dices?

MANRIQUE. — ¡Que no dan sino buenas noticias! ¿No has oído?

QUINITA. — Deseando que se fuese.

MANRIQUE. — ¡Desagradecida! ¡Un hombre que te entera de que las aguas son admirables; de que en lugar de cocinero guisa la dueña de la fonda, que hace prodigios en el fogón; de que él dice misa al rayar el día, y, sobre todo, de que vamos a estar aquí punto menos que solos!... ¿Qué más pides? ¿No era ése tu primer deseo?

QUINITA. — Ése era. Por eso he venido: en busca de aislamiento, de soledad, de calma.

MANRIQUE. — Quiera Dios que no te aburras mucho.

QUINITA. — Descuida.

MANRIQUE. — Yo hubiese procedido de muy distinta suerte. Repuesta tu salud, para reconquistar la tranquilidad de espíritu, para olvidarte de ti misma, mejor que este rincón solitario, te habría sentado la balumba de una gran capital, donde nadie te conociese: París, Roma, Berlín...

QUINITA. — No, no; no tengo humor de nada; no quiero ver nada ni a gente ninguna.

MANRIQUE. — ¡Si era como remedio, mujer! Tú no sabes lo que distraen, aun a pesar propio, los mil en-cantos e incentivos de esas grandes ciudades. El dolor o la preocupación que llevas contigo se borra a cada paso, a cada impresión nueva. Y, créeme, hay males del alma que no merecen sino

este trato: el olvido a todo trance; el desprecio... Cuanto antes se logre arrancarlos de ella, mejor.

QUINITA. —Pues en este alejamiento lo conseguiré más en conciencia: no aturdiéndome con la visión de nada nuevo, sino en fuerza de aquilatar lo que me sucede.

MANRIQUE. — ¿Más aún? El hecho mismo que así te trae, ¿no queda juzgado y aquilatado en un instante por sí solo? No te tortures más; no envenenes tus horas. Llevas un mes de sacrificio: ya basta. ¡Alegra ese semblante!

QUINITA. - ¡Si pudiera!

MANRIQUE. — Debes procurarlo. Considera que, vencidas la vergüenza y la desolación del primer momento, de los primeros días; hecha ya al desencanto amoroso, que tú misma me has dicho que ha puesto hielo en tu corazón, más bien debes sentirte dichosa que triste; más bien debes alegrarte de esta efímera desventura que llorarla.

QUINITA. — ¡Manrique!

MANRIQUE. — Sí, hermana, sí. ¿No estás convencida como yo? ¿Adónde ibas con aquel hombre? A nada bueno. Sin él, tienes la vida por delante.

QUINITA. — Pero ¿con qué confianza voy a seguir ya caminando por ella, Manrique? La conmoción que ha habido en mí, te aseguro que sólo puedo medirla ahora por los disparates que he pensado. Me he sentido capaz de lo más absurdo; me he visto tentada de las ocurrencias más locas... (*Pausa.*) ¿De quién podré fiarme ya? ¡Qué espanto! Yo creía en todo; y en unas horas, en unos días, ya no creo en nada ni en nadie. No puedo creer.

MANRIQUE. — Al contrario: esta lección te abre los ojos, Ahora, cuando creas, creerás de verdad; mucho más de verdad que creías en Amalio, en quien creías por rutina del sentimiento, y porque lo juzgabas por ti. Yo estoy persuadido de que entre él y tú no existía verdadero amor, sino costumbre de tratarse desde niños con la ilusión de novios; confianza amistosa, vestida de enamoramiento; pero sin fuego y sin ternura; sin el hechizo que el verdadero amor pone en los actos y en las palabras de los enamorados. No es la primera vez que te lo digo. Siempre creí advertir en vuestras relaciones esta falta esencial.

QUINITA. — Doblemos la hoja.

MANRIQUE. — Sí; es lo más acertado. ¿Se ha dicho a distraernos? ¡Pues a distraernos! ¿Qué libro es ése?

QUINITA. — La Hermana San Sulpicio. ¿Lo has leído?

MANRIQUE. — Sí.

QUINITA. — Es una novela preciosa.

MANRIQUE. — Preciosa. Y si te distrae... Vamos a ver qué pasa por Madrid. *(Leen los dos. Don NORBERTO GÓMEZ, a poco, cruza la escena de izquierda a derecha, y los saluda con una leve*

inclinación de cabeza; a que ellos corresponden. Va de gabán y gorra, lleva un vasito en funda de finísimo esparto, y tiene cara de pocos amigos. Cuando desaparece, dice MANRIQUE:) Éste ha de ser el agüista misántropo de que nos habló el fraile.

QUINITA. — Seguro.

MANRIQUE. — Oye, no hemos comentado una cosa.

QUINITA. — ¿Qué?

MANRIQUE. — Que todo el mundo, desde que salimos de Madrid, nos cree matrimonio.

QUINITA. — Sí. ¿Te acuerdas, aquella familia del tren...?

MANRIQUE. — Y aquí el fraile, y el cochero, y el administrador, y las criadas...

QUINITA. — Una camarera me dijo antes, buscándome la gracia: «¿Es argo guapo su marío de unté?»

MANRIQUE. — ¡Caramba! Ya me la enseñarás, para darle una buena propina.

QUINITA. — No me hagas reír.

MANRIQUE. — No he de parar hasta conseguirlo.

QUINITA. — (*Suspirando.*) ¡Ay!

(Vuelven a leer los dos. Nueva pausa.)

MANRIQUE. — ¡Hombre! ¡Gran noticia! ¿Sabes quién se ha casado?

QUINITA.- ¿Quién?

MANRIQUE.-Ramona Clavijares.

QUINITA.- Si con Manolo Aznar. Estaban enamoradisimos Dios los haga dichosos.

MANRIQUE — ¡Ah, mira! Y nuestro gran poeta de circunstancias les dedicó unos versos.

QUINITA. — ¿Lagartera?

MANRIQUE. — Lagartera. ¡No deja pasar una! Aquí copia un fragmento el diario. (*Lee:*)

«Llegada la hora del champagne, el distinguido literato don Cayo Lagartera leyó un bellísimo soneto, que sentimos no transcribir íntegro por falta de espacio. Termina así:

«Todo es luz y color, gala y tersura...
Cantan fuentes y cantan ruiseñores,
ocultos en la mágica espesura.
Y a las preguntas de interlocutores,
dice una voz que viene de la altura:
— ¡Hoy es la boda de Ramona! ¡Ay flores!»

(QUINITA, que empezó a oír los versos con singular sorpresa, la cual la hizo luego sonreír, suelta

al cabo la carcajada. MANRIQUE lo celebra altamente.) ¿Te ríes?

QUINITA. — ¿No me he de reír? ¡Un reo en capilla se hubiera reído!

MANRIQUE. — ¿Tan malos te parecen?

QUINITA. — ¡Ni malos ni buenos! ¡Es que son los mismos que escribió el hombre para mi boda, y por lo visto no ha querido que se le queden en el buche!

MANRIQUE. — ¡Ah! ¿sí? ¡Ja, ja, ja!

QUINITA. — El último verso del soneto decía:

«— ¡Hoy es la boda de QUINITA Flores!»

MANRIQUE. — ¡Ja, ja, ja! ¡Que soneto le ha echado!

«— ¡Hoy es la boda de Ramona! ¡Ay flores!»

¡Ja, ja, ja!

QUINITA. — ¡Diablo de poeta!

MANRIQUE. — ¡Bendito sea él, que aunque lo que recuerda, te ha hecho reír!

QUINITA. — Es el fin de fiesta del drama. Vámonos a dar una vuelta.

MANRIQUE. — Vamos. ¿Del brazo?

QUINITA. — ¿Por qué no?

MANRIQUE. — ¡Qué guapo es tu marido!

QUINITA. — ¡Qué bueno!

(Van a marcharse por la izquierda, cuando por la derecha suena una voz que los detiene. QUINITA sufre cierta contrariedad. La voz es la de EUGENIO, compañero y amigo de MANRIQUE, que al reconocerlo lo llama.)

EUGENIO. — (*Dentro.*) ¡Manrique!

MANRIQUE. — ¿Quién?

EUGENIO. — (*Apareciendo y yendo a él)* ¡Manrique!

MANRIQUE. — ¡Muchacho! (*Se abrazan.*) ¿De dónde sales? ¿Cómo tú en Pedralejo?

EUGENIO. — ¡Me has quitado la frase de la boca! Eso mismo te iba yo a preguntar. Te vi antes a distancia y me quisiste parecer. ¿Qué novedad es ésta? (*Saludando a QUINITA.*) Señora... ¿De viaje de novios?... ¡Nada sabía; nadie me ha dicho nada! ¡Mil enhorabuenas! (*QUINITA y MANRIQUE cruzan una nueva sonrisa.*) ¡Les rebosa a ustedes la felicidad!

MANRIQUE. — (Siguiendo la broma.) ¡Figúrate! ¿He tenido buena elección?

QUINITA. — ¡Manrique!

MANRIQUE. — ¿No he tenido buena elección?

EUGENIO. — ¡Mucho mejor que ella! Usted me disculpe señora. Nos tratamos con gran confianza.

MANRIQUE. — (*A QUINITA.*) Éste es EUGENIO Palacios, compañero mío de carrera, de quien

alguna vez te habré contado alguna cosa extraña.

QUINITA. — Sí; es posible... Algo creo recordar...

EUGENIO. — Compañero de carrera un tiempo; sólo que él ha seguido adelante, y yo la dejé, por sentarme rezagado en un cerillo mirando a la luna.

MANRIQUE. — Ahora ¿dónde estabas?

EUGENIO. — En Venecia: fui allí a abrazar a unos pobres parientes viejos de mi padre, que suspiraban por conocerme. ¡Ya ves!

MANRIQUE. — Y ¿qué te trae a Pedralejo? ¿Cuándo has llegado?

EUGENIO. — Hace media hora: en mi coche. Me trae... lo que menos puedes presumir.

MANRIQUE. — Por tu color deduzco que no será el hígado.

EUGENIO. — No, no es el hígado: es el corazón.

MANRIQUE. — ¿El corazón?

EUGENIO. — Si; el corazón. Tu esposa se sonríe.

QUINITA. — Porque yo no sé que estas aguas sirvan también para curar el corazón.

EUGENIO. — Estas aguas, no, ciertamente; pero alguna viajera que acompañe a quien las necesite, tal vez. Y éste es mi caso. Sí, muchacho, sí: a mí también me ha llegado la hora. Vengo a Pedralejo en busca de los ojos de una mujer. Recibí en Venecia noticia de que aquí estaba ahora, y volé para acá. Si me hubiesen escrito que estaba en los Andes, allá me planto.

MANRIQUE. — Y ¿está aquí, en efecto?

EUGENIO. — Aquí. Y en esta fonda. Ahora, que a descuidarme unas horas más, no la hallo.

MANRIQUE. — ¿La has visto ya?

EUGENIO. — La he visto y voy a hablar con ella dentro de un instante. Me ha citado en este lugar, que llaman de las Cuatro Esquinas. ¿No es éste?

MANRIQUE. — Éste es.

EUGENIO. — Porque se va esta tarde a Madrid, y mi caso es urgente.

MANRIQUE. — ¿Tan fuerte te ha entrado?

EUGENIO. — No; sino que me rodean circunstancias muy especiales; de verdadero apremio.

MANRIQUE. — Sería milagroso que no fuera así. Este hombre, QUINITA, es el hombre de las aventuras extraordinarias; de los hechos originales e imprevistos. No hay en su vida una hora vulgar.

QUINITA. — ¿No, eh?

MANRIQUE. — En París, donde más hemos convivido, nos contaba de cuando en cuando a los camaradas unas historias que creíamos inventadas por él; ¡y siempre resultaban ciertas!

EUGENIO. — ¡Siempre! No miento; no he mentido nunca. Pero nací con este sino; suelen pasarme

cosas que parecen mentira. Me viene de casta. Lo que se hereda no se hurta. Mi padre subió un día en Cádiz a bordo de un barco, a despedir a un buen amigo suyo que marchaba a La Habana; se enredó a beber copitas de vino con él, se enfrascó charlando, y el barco echó a andar mar adentro. « ¡Bueno —dijo mi padre al advertirlo—, no hay nada perdido! ¡Veremos mundo!» ¡Y se fue con el amigo a La Habana! En la travesía conoció a mi madre, que era cubana, hija de españoles, y al llegar se casaron. ¡Y nací yo! Esta estrella alumbró mi cuna. Acabo de contarle el lance a un fraile que hay aquí, que habla por siete y que pregunta más todavía.

MANRIQUE. — ¡Ah, sí! Fray Cristino.

EUGENIO. — ¡Fray Cristino! ¡Gran tipo! ¡Haré buenas migas con él! Ahora se quedaba amonestando a una camarera y a un camarero por no sé qué resbaloncillo amoroso. ¡Simpático es el hombre! Repara, Manrique: aquella muchacha que allí asoma es la señora de mis pensamientos.

MANRIQUE. — ¿Viene con su madre?

EUGENIO. — Sí.

MANRIQUE. — El fraile nos ha hablado de ellas. ¡Es guapa!

EUGENIO. — ¡Indudablemente nuestra carrera afina el gusto!

MANRIQUE. — ¡Indudablemente! Ya charlaremos de esto. No es discreto entretenerte ahora. Pero hemos de charlar. Hasta después.

EUGENIO. — Hasta después. Señora...

QUINITA. — Adiós.

(Se van por la izquierda los dos hermanos.)

EUGENIO. — ¡Dios me haya dado oportunidad y me dé elocuencia! Como bonita, sigue como un lucero.

(Por la derecha llega ROSA LUISA, mujer de graciosa belleza y de alegre espíritu.)

ROSA LUISA. — ¡Jesús, Dios mío! ¡Viajar sería el mayor de los placeres del mundo, si no hubiese que hacer equipajes! ¡Dichosos baúles! ¡Cuánto trapo para quince días! Me faltan las fuerzas.

EUGENIO. — Pero oye, Rosa Luisa: ¿te vas de veras esta tarde?

ROSA LUISA. — Sí, hombre.

EUGENIO. — ¿En serio?

ROSA LUISA. — En serio. ¿Por qué había de decirte una cosa por otra?

EUGENIO. — Como has sido siempre tan burloncilla...

ROSA LUISA. — Eso era antes: en nuestros tiempos. Ahora, EUGENIO, me he vuelto la criatura más formal que puedas figurarte.

EUGENIO. — Lo celebro. En mí también se ha operado un cambio profundo.

ROSA LUISA. — ¿En ti? Déjame que me ría.

EUGENIO. — Ríete cuanto quieras, pero tú has de verlo.

ROSA LUISA. — Mamá me ha encargado que no vayas a despedirte de ella a la francesa.

EUGENIO. — ¿A la francesa?... ¿Despedirme?... ¡Ya verás, ya verás! Los tres nos vamos a reír mucho.

ROSA LUISA. — Menos mal. ¿Traes títeres contigo?

EUGENIO. — Traigo lo que traigo. ¿Ves la transformación tuya y la mía, a que acabamos de referirnos? Pues no son nada junto a la que a mis ojos ha sufrido tu madre: le he visto hoy una cara de suegra que no le había visto jamás.

ROSA LUISA. — Quizá la tenga; pero lo raro es que seas tú quien la note.

EUGENIO. — Espérate un poquito. ¿Y tu padre? ¿No os ha acompañado?

ROSA LUISA.— ¡Ca, hijo! No ha podido, el pobre, Ese Supremo le da mucho que hacer.

EUGENIO. — Todo sea por Dios. ¡Salud mil años para el ilustre jurisconsulto, benemérito de la patria, autor de tus días!

ROSA LUISA. — ¡Salud!

EUGENIO. — ¿La que toma estas aguas es tu madre: por de contado?

ROSA LUISA. — Mi madre.

EUGENIO. — Y ¿le prueban bien?

ROSA LUISA. —Muy bien. Ya hace cinco años que venimos...

EUGENIO. — ¿Cinco años? Eso hará, poco más o menos, que yo dejé de verte.

ROSA LUISA. — Eso hará cuando tú lo dices.

EUGENIO. — Tú ¿no te acuerdas?

ROSA LUISA. — No he pensado en ello, la verdad.

EUGENIO. — ¡Cinco años! ¿Quién había de decirme que a los cinco años de no vernos, de no saber de ti siquiera, iba yo a buscarte con esta ansia, con este afán?... Estás preciosa.

ROSA LUISA. — ¡Pchs!

EUGENIO. — Tú sabes que me has gustado siempre.

ROSA LUISA. — Lo sé, lo sé... Siempre te he gustado. ¡Qué piropos a cada instante, qué galanterías!... ¡Cómo me buscabas entre todas!... No podías ocultar tu preferencia.

EUGENIO. — Ni tenía por qué.

ROSA LUISA. — Ni tenías por qué.

EUGENIO. — Y, sin embargo, nunca llegué a decirte que te quería.

ROSA LUISA. — Nunca.

EUGENIO. — ¿Cómo te explicas esto?

ROSA LUISA. — Muy fácilmente: si me hubieras querido, me lo hubieras dicho.

EUGENIO. — No; pues no es eso. Te quería... y no te lo decía.

ROSA LUISA. — Poquedad de genio, tal vez.

EUGENIO. — No te burles.

ROSA LUISA. — No te burles tú... de quien ya te has burlado bastante.

EUGENIO. — ¿Yo, Rosa Luisa?

ROSA LUISA. — ¡Tú, EUGENIO! Si no quieres llamarle burla, llámale como quieras. Pero ¿qué ha sido nuestro trato sino eso: burla por tu parte... y tolerancia por la mía? Tú, manifestando a todas horas una predilección por mí que alejaba de mi lado a otros hombres; yo, consintiéndola y agradeciéndola, con una esperanza natural... que nunca llegó a realizarse. Hasta que me desengañé del todo.

EUGENIO. — ¿Del todo?

ROSA LUISA. — ¡Calcula! Por mucho que ello me ha lagara, tonta de caerme no soy. Cuando hace más de cinco años me volviste temporalmente otra vez la espalda, yo te la volví para siempre.

EUGENIO. — ¿Crees tú?

ROSA LUISA. — ¡Ea! —como dice Carmela, la camarera, cuando a su juicio ya no hay más que hablar.

EUGENIO. — Pues en este caso retira el ¡ea! porque sí hay más que hablar.

ROSA LUISA. — A ver, hombre, a ver. Habla, habla mucho. No me apures más tiempo. Mira que tengo el corazón como el de un pájaro en la mano. ¡Jesús! ¡Santo cielo! ¿A qué vendrá de pronto este perdido?

EUGENIO. — ¿Perdido?

ROSA LUISA. — ¡Cinco años sin dar cuenta de tu personal...

EUGENIO. — ¡Ah, vamos! Perdido en el mejor sentido de la palabra.

ROSA LUISA. — ¿Qué traerá aquí al cabo del tiempo? ¿Qué vena te le ha dado? ¿A qué esta prisa por hablarme inmediatamente?

EUGENIO. — Rosa Luisa, no dejo de percibir el tonillo de broma que das a tus palabras. Lo merezco, sin duda. Por mi pasado contigo, lo merezco. Pero tú verás cómo mis aparentes frivolidades tenían una raíz sana en mi corazón; una raíz que germina ahora óyeme sin desconfianza. Te juro que está en mis labios mi conciencia: yo me quiero casar.

ROSA LUISA. — ¡Ea!

EUGENIO. — ¡Sin ea! ¡Me quiero casar!

ROSA LUISA. — Bien hecho. Ya es hora de que sientes la cabecita.

EUGENIO. — ¡Ya es hora! ¿Estamos conformes?

ROSA LUISA. — ¡Conformes!

EUGENIO. — Me quiero casar, y muy pronto.

ROSA LUISA. — Cuanto antes, mejor. ¿Tienes novia?

EUGENIO. — ¡Te tengo a ti!

ROSA LUISA. — ¿A mí?

EUGENIO. — A ti.

ROSA LUISA. — ¿Que me tienes a mí? A mí ahora me tienes delante, pero nada más.

EUGENIO. — ¿Cómo nada más?

ROSA LUISA. — Nada más. ¿No has oído lo que te he dicho? ¿Es que iba a estar esperándote la vida entera? Mucho vales tú; pero tanto como para sacrificarte mi vida, no. Ni tú ni ninguno vale eso. ¡Qué egoísta presunción! «Allí está aquélla para cuando a mí se me antoje ir a buscarla. Mientras tanto, que no haga caso a nadie y que aguarde a que yo me canse de correr por el mundo.» ¡Bonita posición espiritual!

EUGENIO. — No me digas eso, Rosa Luisa: yo no he pensado jamás así.

ROSA LUISA. — Pues todavía peor si lo haces sin pensarlo; porque el azar te empuje... o por lo que sea. Compréndelo, EUGENIO.

EUGENIO. — Lo comprendo todo, Rosa Luisa, y te pido perdón. Disculpa mi ligereza, mi inconsciencia; olvida lo que fue, ya que ni tú y yo somos ahora los mismos. No trato de justificarme. Aquí no hay más que un hecho transparente: que al sentir con vehemencia, por distintas causas, el deseo de unirme en la vida a una mujer, no he pensado en otra más que en ti.

ROSA LUISA. — Muchas gracias, hombre. Pero... *lasciate ogni speranza*.

EUGENIO. — ¿Qué?

ROSA LUISA. — *Lasciate ogni speranza*; Te hablo en italiano, porque como vienes de Venecia...

EUGENIO. — ¿Otra vez la burla? ¿No ves la sinceridad de mi alma en mis ojos?

ROSA LUISA. — Sí, hombre, sí la veo: y gracias a ella no voy a ser cruel contigo, como en otra situación lo sería, divirtiéndome de tu salida refinadamente. Mira esta pulsera.

EUGENIO. — ¿Qué?

ROSA LUISA. — Mira esta pulsera. Me caso a mi vuelta a Madrid.

EUGENIO. — ¿Que te casas?

ROSA LUISA. — Las señas son mortales; estoy pedida. Si hubieras llegado dos días antes, conoces a mi prometido aquí mismo.

EUGENIO. — Y ¿para qué?

ROSA LUISA. — Para nada; pero lo conoces.

EUGENIO. — ¡Para odiarlo! ¡Maldito sea él!... Y yo, tan confiado, creía... ¡Señor, qué catástrofe más espantosa! ¡Qué derrumbamiento y qué trastorno!

ROSA LUISA. — Dispensa que me ría, EUGENIO. Te aseguro que me haces gracia.

EUGENIO. — ¿Te hago gracia?

ROSA LUISA. — ¡Muchísima gracia!

EUGENIO. — ¿Muchísima gracia?

ROSA LUISA. — ¡Muchísima! ¡Qué extremos tan cómicos!...

EUGENIO. — ¡Quizá lo parezcan!... ¡Quizá!... Si tú supieras, Rosa Luisa... Pero ¿a qué te voy a contar nada?

ROSA LUISA. — ¡Claro!

EUGENIO. — Por lo visto te reirías de mí nuevamente, de mi inesperada pretensión, de mi noble anhelo en estas horas, solemnes para mí. ¿Quién es ese intruso que así viene a desquiciarme en este momento?

ROSA LUISA. — Ese intruso es un hombre más modesto que tú, más oscuro que tú, más pobre que tú... más feo que tú —ya ves si te hablo con franqueza...— ¡pero que me quiere mucho más que tú!

EUGENIO. — ¡No te hagas ilusiones!

ROSA LUISA. — Hazte tú las que gustes. Y fastídiate, hijo del alma; pero... haberte decidido antes. Yo espero, ser muy feliz al lado de ese... intruso.

EUGENIO. — ¡No me lo digas!

ROSA LUISA. — ¡Ah! ¿Prefieres que sea desgraciada?

EUGENIO. — ¡No quiero oír hablar de tu dicha lejos de mí!

ROSA LUISA. — ¡Castigo de Dios! No disparates más y ven a despedirte de mi madre; que dentro de una hora sale de aquí el coche para la estación.

EUGENIO. — Y yo detrás de él, como un perro.

ROSA LUISA. — Te suplico que no hagas tonterías. Ya se te pasará el berrinche. Ni debes ponerte en ridículo.

EUGENIO. (*Furioso.*) ¡Castigo de Dios, dices bien; castigo de Dios!

(MANUEL, el jardinero de la fonda, viene por la izquierda, con un ramo de flores.)

MANUEL. — ¿Molesto, señorita?

ROSA LUISA. -- No.

MANUEL. — ¿Esta tarde se marchan las señoras?

ROSA LUISA. — Esta tarde.

MANUEL. — Hasta el año que viene, si Dios quiere.

ROSA LUISA. — Eso es: si Dios quiere.

MANUEL. — Pos tome usté, pa que yeven flores en er camino.

ROSA LUISA. — Muchas gracias, Manuel. Son hermosas. Mira qué ramo más bonito, EUGENIO.

EUGENIO. — (*Maquinalmente*.) ¡Muy bonito!

MANUEL. — ¡Lo que cría la tierra!

ROSA LUISA. — (*A EUGENIO*.) Dale un duro a este hombre.

EUGENIO. — ¿Eh?

ROSA LUISA. — Que le des un duro. Ahora te lo devolveré.

EUGENIO. — ¡Ah! Entendí: «dale un tiro». ¡Y no es a él precisamente a quien se lo daría!

ROSA LUISA. — ¡Ja, ja, ja!

EUGENIO. — Tome, amigo.

MANUEL. — No se moleste usté, señorito.

ROSA LUISA. — Tómelo, tómelo; que a usted le hace más falta que a él.

MANUEL. — Grasias, señorita. Y que sea enhorabuena, señorito.

EUGENIO. — ¿Cómo?

MANUEL. — ¿Es pronto la boda?

EUGENIO. — ¿Qué dice este hombre?

ROSA LUISA. — No es mi novio, Manuel. Mi novio es el que anteayer se marchó.

MANUEL. — ¡Ah! Disimule er señorito.

EUGENIO. — Ya disimulo lo que puedo; pero no me sirve. Me sale a la cara la envidia.

ROSA LUISA. — Anda, vamos a ver a mamá, envidioso, embustero.

EUGENIO. — ¡Y esto encima!

ROSA LUISA. — ¡Lo que se va a reír ella cuando yo le cuente!...

EUGENIO. — ¿Además? ¿La risa de la suegra, además?

ROSA LUISA. — ¡Claro, hombre, claro! ¡La suya y la mía! ¡La de todos! ¿No te ríes tú también?

EUGENIO. — ¡Yo, no!

ROSA LUISA. — Pues sube y mírate al espejo, y en cuanto te veas la cara de náufrago que tienes ahora, sueltas el trapo como yo. ¡Ja, ja, ja! (*Vase por la derecha, riéndose*.)

EUGENIO. — (*Siguiéndola con las orejas gachas*.) ¡Bien está! ¡Me ha tocado perder esta vez!

MANUEL. — Pos mejó pareja hase la señorita con éste que no con el otro.

(Lía un cigarrillo.)

(Viene QUINITA por la izquierda, como abstraída, pero mirando hacia el sitio por donde EUGENIO y ROSA LUISA se alejaron. Se sienta, y murmura entre sí:)

QUINITA. — ¿Será más dichosa que yo?

(Levanta los ojos y advierte entonces la presencia de MANUEL, que la contempla.)

MANUEL. — Buenas tardes, señorita.

QUINITA. —Buenas tardes.

MANUEL. — La señorita ¿dijo argo?

QUINITA. — No.

MANUEL — Yo soy, pa servirla, er jardinero de la casa. ¿A la señorita le agradan las flores?

QUINITA. — Mucho.

MANUEL. — Pos tos los días cuidaré yo de escogerle a la señorita un manojo. Ahora que hay poco personá pué uno dejarse í... Cuando está la fonda yena, no es posible. ¿La habitasión, de la señorita es er número 7?

QUINITA. — El número 7.

MANUEL. — Es mu seria la señorita.

QUINITA. — (*Sonriéndole*.) No.

(Vuelve DON NORBERTO GÓMEZ a cruzar por el fondo, en sentido contrario que antes.)

MANUEL. — (Cuando desaparece.) Este cabayeró si que es serio. Y reservao. Ni er padre Cristino lo hase hablá. No suena. No se le oye más que por las noches, que ronca sirbando. Paese un mirlo. ¿La señorita no lo ha visto tomá el agua?

QUINITA. — No.

MANUEL. — Pos es un cuadro. La toma así: se arrima ar maniantá, junta los pies, se pone mu serio frente ar grifo, y se bebe seis vasos seguíos como si los echara en una tinaja.

QUINITA. — ¡Ja, ja, ja!

MANUEL. — Con permiso de la señorita.

(Se va por la derecha. Simultáneamente sale por la izquierda FRAY CRISTINO.)

FRAY CRISTINO. — ¿Qué le decía a usted ese perillán?

QUINITA. — Nada; me ha ofrecido unas flores.

FRAY CRISTINO. — A la que salta, como siempre. Fuerza es contentar a los pocos agüistas que hay. Hace bien. Es buen hombre, no. Esto es aparte de toda broma. Y yo le estoy agradecido. En esta ermita donde digo la misa, nunca me faltan flores. (*Pausa*.) Qué, ¿no se anima usted a dar el paseo?

QUINITA. — No, padre. Estoy cansada. Un viaje me agota para varios días.

FRAY CRISTINO. — Entonces... Pero ¿me deja usted que me lleve al esposo? ¿No lo toma a mal?

QUINITA. — No, señor.

FRAY CRISTINO. — No es más que media hora. Charlar y discurrir un rato por estos olivares. Otro día, sí: con más tiempo que hoy, iremos al convento. Verán ustedes qué curioso: por la situación, que es de privilegio, y por los tesoros que guarda. La imagen de Nuestra Señora de la Azucena es de Montañés. ¡Portentosa escultura! Ya les explicaré; ya les contaré leyendas y milagros. Nuestro fundador pasó por estos lugares y dijo, con intuición profética: « ¡Aquí ha de ser

Dios alabado!» Y lo fue, y lo es, y lo será... En el siglo XV... Por más que si se lo cuento a usted ahora... Voy, que me aguarda allí su marido.

QUINITA. — Una palabra, padre.

FRAY CRISTINO. — ¿Qué, hijita mía?

QUINITA. — Que no debo mantener más tiempo este equívoco. No estaría bien. Como motivo de risa entre Manrique y yo, pase; pero nada más. Manrique... no es mi marido.

FRAY CRISTINO. — ¿Cómo que no?

QUINITA. — Como que no: es mi hermano.

FRAY CRISTINO. — ¡Caramba! ¡Por eso me lo dejaba usted ir tan a las buenas!

QUINITA. — Por eso sería. De primera impresión, todo el mundo nos cree matrimonio. Y a él le divierte. Pero bien está ya. Ante una persona como usted...

FRAY CRISTINO. — ¡Pues ahora soy yo quien va a embromarlo! Hasta pronto. Digo hasta pronto, porque he de volver a despedirme de esas señoras que se marchan luego. Adiós.

QUINITA. — Adiós, padre.

FRAY CRISTINO. — (*Retirándose por donde salió.*) ¡Ya voy, ya voy! ¡Me he entretenido de parla con su esposa!

QUINITA. — (*Después de un silencio.*) Acabará por tener razón Manrique: esta soledad... ¡Qué desazonada me siento, Dios mío!

(Viene por la derecha, corriendo, CARMELA. La sigue, como jugando con ella, PEPETE. De pronto reparan en QUINITA, y el júbilo se trueca en azoramiento y seriedad.)

CARMELA. — ¡Que no eres tú er que me coge a mí esta tarde, Pepete!

PEPETE. — ¿Conque no?... ¡Buh!

CARMELA. — ¡Huy!... ¿Ya... yamaba la zeñora?

QUINITA. — No.

CARMELA. — Me había querío parecé.

PEPETE. — Nos había querío parecé.

QUINITA. — No, pues no llamaba. Pero ya veo que se dan ustedes mucha prisa a servir.

CARMELA. — ¡Ea!

PEPETE. — ¿La señora sabe que se toca una campana pa la comida?

QUINITA. — Sí.

PEPETE. — Tres toques: a las siete y media er primero, a las ocho menos cuarto er segundo, y a las ocho er tersero.

CARMELA. — ¡Iguá que en er teatro! ¡Iguá!

(Sale también por la derecha, EUGENIO, entristecido. Se dirige a PEPETE.)

EUGENIO. — Muchacho.

PEPETE. — Señorito.

EUGENIO. — Dile a mi chauffeur que saque el coche y que recoja las maletas.

PEPETE. — ¿Se marcha er señorito?

EUGENIO. — Si.

PEPETE. —Poco tiempo ha estao.

EUGENIO. — Poco tiempo.

PEPETE. — Carmeliya: ven tú a ayudarme a dá esa rasón.

CARMELA. — ¡Ea!

(Se van por la izquierda conteniendo la risa.)

EUGENIO. — ¿Y Manrique?

QUINITA. — Con Fray Cristino se ha ido a pasear.

EUGENIO. —Y ¿cómo la ha dejado a usted?

QUINITA. — Porque él tenía ganas de andar y yo no.

EUGENIO. — Y usted no le ha permitido sacrificar las suyas.

QUINITA. — Justo.

EUGENIO. — ¿Desea usted estar sola, quizá?

QUINITA. — No, señor.

EUGENIO. — ¿Me consiente usted que le haga compañía?

QUINITA. —Y aun me complace. Si a usted no le perturba nada el hacérmela...

EUGENIO. — Nada. Y, aunque así fuese...

QUINITA. — Eso, no.

EUGENIO. — Pero no me perturba nada, repito... (Pausa breve.)

QUINITA. — Pronto nos deja usted.

EUGENIO. — Bien a pesar mío.

QUINITA. — ¿Sí? Pues ¿no se va usted detrás de su amor?

EUGENIO. — ¡NO, señora! Mi amor se va por un camino y yo por otro.

QUINITA. — Eso no significa nada, si han de encontrarse ustedes al postre.

EUGENIO. — ¡Quiá! Nos separamos definitivamente.

QUINITA. — ¿Sí?

(Sin saber aún por qué, ella se alegra de esto.)

EUGENIO. — Sí. La culpa es mía: no la he de echar a puerta ajena. Yo le parezco a usted un ser inteligente, ¿verdad? ¡Pues soy un pedazo de atún!

QUINITA. — *(Riéndose y dejando escapar en su risa su instintiva alegría.*) ¡Qué ocurrencia!

EUGENIO. — ¡Un pedazo de atún! ¿A quién se le ocurre querer a una mujer, y alejarse de ella sin decirle palabra, y llevarse cinco años sin verla ni escribirle, y a los cinco años venir a echarse a sus pies de rodillas, como si en la tierra no hubiese para ella otro hombre que yo? ¿Hay vanidad más insensata? ¿Se concibe estrechez igual de cerebro? ¡Qué había de ocurrir! ¡Lo que ha ocurrido! ¡Que está en vísperas de casarse con otro! Señora, amparado en la amistad que me liga a Manrique, le suplico a usted que me insulte. ¡Insúlteme usted!

QUINITA. — ¡No en mis días! Lo que hago es compadecerlo a usted cordialmente.

EUGENIO. — ¡Ay, la compasión! ¡La limosna de los dichosos! Dios se la pague.

QUINITA. — ¿Usted quería mucho a esa mujer?

EUGENIO. — No me atrevo a decir que sí: creía quererla. Vivía confiado en que, más temprano o más tarde, sería para mí. Nunca he pensado en otra, al menos.

QUINITA. — Ya. ¡Nunca ha pensado en otra!

EUGENIO. — Para hacerla mi compañera, nunca.

QUINITA. — ¡Y la pierde de pronto!

EUGENIO. — ¡Cuando venía por ella!

QUINITA. — ¡Qué lástima! Sí que merece usted compasión. La compasión de quien sabe entrar en lo que compadece.

EUGENIO. — ¿Ve usted? He aquí una de mis cosas extraordinarias. ¿No es esto extraordinario?

QUINITA. — No, no lo es tanto; no, señor.

EUGENIO. — Perdone usted. Yo le concedo que no lo sea, desde luego, que una mujer se quede compuesta y sin novio; pero ¡un hombre compuesto y sin novia!... ¡Vamos! ¡Tenía que sucederme a mí! Además... por las circunstancias en que me sucede: ¡que éstas sí que son excepcionales!

QUINITA. — ¿Excepcionales?

EUGENIO. — Fantásticas, amiga mía; novelescas. Ahora le contaré. Quiero primero preguntarle una cosa que me ha venido al pensamiento. Me alegro de que no esté Manrique.

QUINITA. — ¿Cómo?

EUGENIO. — Que celebro que no esté su esposo, porque...

QUINITA. — Le diré a usted, antes de pasar adelante...

EUGENIO. — Diga usted.

QUINITA. — (*Arrepintiéndose de su intención.*) No; hable usted primero: no se le vaya a escapar su idea.

EUGENIO. — Es a propósito de una frase anterior: compuesta y sin novio.

QUINITA. — ¡Ah!

EUGENIO. — Yo no sé si seré indiscreto; pero me interesa... Llegó a mis oídos, no recuerdo

cuándo ni cómo, que justamente una hermana de Manrique había sido víctima...

QUINITA. — Sí.

EUGENIO. — ¿Es cierto?

QUINITA. — Es cierto. La dejó su prometido al pie del altar. .

EUGENIO. — ¡Qué salvaje! Discúlpeme usted: soy muy espontáneo.

QUINITA. — Peor es eso que lo que a usted le ha sucedido.

EUGENIO. — ¡Peor!

QUINITA. — Será más vulgar, pero es peor cien veces.

EUGENIO. — Y ¿qué causas hubo?...

QUINITA. — ¡Causas!... ¡Vaya usted a saber! Da frío recordarlas... Fueran las que fueran, en el fondo de todo, una falsedad, una traición de muchos años.

EUGENIO. — Es absurdo. ¿Cómo puede esperarse a ese momento para huir? ¡Cobardía más estúpida! ¡Crueldad más grande!

QUINITA. — ¿Usted no las concibe?

EUGENIO. — No me tengo por ningún santo; pero no, señora; no las concibo.

QUINITA. — Pues si a usted, que es hombre, le estremece pensarlo tan sólo, imagínese a mí...

EUGENIO. — Ya advierto que le afecta a usted mucho. Por algo temía una indiscreción...

QUINITA. — (*Turbada.*) Es que he visto sufrir tanto a Manrique...

EUGENIO. — ¡Pobre amigo! Y ¡pobre muchacha! No habrá en mucho tiempo consuelo para ella.

QUINITA. — No lo hay.

EUGENIO. — ¿Es bonita?

QUINITA. — (*Tras leve vacilación.*) No es fea.

EUGENIO. — ¿No es fea?

QUINITA. — Así por mi estilo.

EUGENIO. — ¿Eh? ¡Encantadora entonces!

QUINITA. — ¡Qué galante!

EUGENIO. — ¡Doble crimen el de ese bellaco!

QUINITA. — No, por Dios; el crimen sería el mismo. ¡Pobrecitas feas!...

EUGENIO. — Es verdad. Asomó el pedazo de atún otra vez. Y vea usted mi carácter; vea usted lo que son mis locuras y mis arrebatos; ¡mis cosas! Yo correría ahora mismo adonde estuviese esa mujer para decirle: «No llores. Te dejó un malvado y un necio. Aquí tienes a un hombre de corazón que te adora.»

QUINITA. — ¡Jesús!

EUGENIO. — ¿Qué?

QUINITA. — (*Desconcertada*.) ¡Mil veces Jesús!

EUGENIO. — ¿Qué le pasa a usted?

QUINITA. — (*Recobrándose*.) ¿Qué me ha de pasar? ¡Que veo que todos los hombres son ustedes iguales!

EUGENIO. — ¿Cómo? ¿Yo le parezco a usted igual a aquel otro?

QUINITA. — De la misma casta a lo menos.

EUGENIO. — ¿Por qué? ¡Eso es un agravio!

QUINITA. — ¿No me ha pedido usted antes que lo insultara? ¡Pues ahora es cuando viene bien!

EUGENIO. — Pero ¿es, por ventura, censurable ese arranque mío?

QUINITA. — ¿No ha de serlo? ¡Revela en usted una liviandad inconcebible! ¡Está usted todavía llorando el fracaso del amor de su vida, ocurrido hace un cuarto de hora, y tiene ánimos para decirme que iría ahora mismo a ofrecerle su corazón a otra mujer a quien no conoce!

EUGENIO. — ¡Me mira usted con unos ojos!...

QUINITA. —Los que tengo.

EUGENIO. — Hermosísimos, con la venia de mi amigo Manrique.

QUINITA. — Gracias por la lisonja.

EUGENIO. — Pero no los aparte usted de mí, por favor.

Ya que así me miráis, miradme al menos...

Y considere usted, en mi disculpa, que yo no he dicho que lo haré, sino que lo haría: no he fijado plazo. Ha sido un sentimiento reparador el que me ha movido; de caballero andante. Pero crea usted que estoy a dos dedos de hacer subir su indignación y su enojo contra mí. ¿Qué pensaría usted si, en efecto, me determinase en el acto a poner por obra lo que antes dije? ¿Qué pensaría usted?

QUINITA. — (*Sobresaltada*.) ¿Yo?

EUGENIO. — Usted, sí: usted que me ha acusado, un tanto irreflexivamente, comparándome con un hombre a quien no puedo parecerme yo nunca. ¡Nunca! ¡Usted no me conoce a mí! ¿Dónde está esa mujer desdichada?

QUINITA. — ¡Qué sé yo?

EUGENIO. — ¿No lo sabe? Es extraño.

QUINITA. — Sí, señor; sí lo sé; pero...

EUGENIO. — ¿No quiere decírmelo?

QUINITA. — Ahora no.

EUGENIO. — ¡Me lo dirá Manrique!

QUINITA. — Él allá.

EUGENIO. — Tal vez los hechos, y las críticas circunstancias que me envuelven, me hayan dado

ante usted una apariencia temerosa... Usted está a punto de creerme un chiflado: su rostro me lo dice... Esta exaltación que me posee, comprendo que puede traducirse en descrédito de mi persona. Pero no estoy loco, no; estoy... estoy...

QUINITA. — Está usted medio loco.

EUGENIO. — No diré que no. Y si usted se presta a escucharme, quizá se haga cargo y me absuelva. ¿Se presta usted?

QUINITA. — Me estoy prestando hace ya un ratito.

EUGENIO. — Me aseguró usted que le complacía.

QUINITA. — A veces dice una más de lo que quiere.

EUGENIO. — ¿Cómo debo entender yo eso? ¿Me marcho?

QUINITA. — ¡De ninguna manera! No lo interprete usted tan radicalmente. Es más: ahora ya le ratifico que me complace oírlo. Aunque sea a título de curiosidad. No es usted un hombre corriente.

EUGENIO. Menos mal si le divierto a usted. Oiga ahora un cuento muy largo en dos palabras.

QUINITA. — Ya oigo.

EUGENIO. — ¡Parece que nos conocemos hace veinte años!

QUINITA. — Pues casi no hace más que veinte minutos.

EUGENIO. — ¿A que no acierta usted por qué tengo tanta prisa en casarme?

QUINITA. — Yo ¿cómo he de acertar?...

EUGENIO. — Pues, sencillamente, porque si no me caso en seguida, pierdo una fortuna incalculable y un título de muy alta nobleza.

QUINITA. — ¡Qué raro!

EUGENIO. — Rarito, rarito. Yo soy sobrino del marqués de los Lares del Rey. Este honroso título y los millones de pesetas anejos a él eran un acuerdo familiar que yo habría de heredarlos a la muerte de mi pobre tío. Mis padres se fueron de este mundo, dichosos con la idea de que su hijo sería alguna vez el marqués de los Lares del Rey. El culto de mis padres, muertos cuando yo era un chicuelo, alumbra como una estrella mi alma; me acompaña en la vida. Algo sabe Manrique de esto. Pues bien: hace quince días me enteré en Italia, por una confidencia secreta, de que a mi tío, ya viejo y caduco, le han torcido la voluntad unas buenas almas, y ha otorgado nuevo testamento, condicionando la magna herencia en términos que casi constituyen un despojo.

QUINITA. — ¿Pues?

EUGENIO. — No se me niega el título ni el caudal; pero es condición inexcusable para que a mí vengan, que he de contraer matrimonio antes de cumplir treinta años. Si no, todo va a parar a otra persona.

QUINITA. — ¡Ya! (Mirándolo mucho.) ¡Treinta años!... Y por lo visto...

EUGENIO. — ¿Comprende usted que esté tan nervioso?

QUINITA. —Lo comprendo, sí. Porque... De ahí que haya venido usted tan rápidamente en busca de...

EUGENIO. — Yo a ella, por supuesto, no le he dicho ni una palabra de este asunto. Hubiera sido una in-delicadeza. Aparte de que ni ella ni ninguna otra deseo yo que me quiera por lo que vaya a ser, sino por lo que soy.

QUINITA. — ¡Bendito sea Dios! ¡Qué cosas ocurren! ¡Se ha de casar antes de cumplir treinta años!... Y ¿por qué habrán fijado esa edad? ¡Precisamente treinta años!

EUGENIO. — ¡Toma! ¡Por apretar más los tornillos! ¡Por hacer las cosas muy difíciles, en el caso de que yo me enterara a tiempo! ¡Por despojarme sin remisión, en una palabra! Le juro a usted que —no soy hipócrita— título y hacienda me interesan mucho; pero ahora me importaría más que todo poder burlar a los que así han pretendido burlarme. ¡Gente ruin!...

QUINITA. — *(Después de una pausa.)* ¿Cumple usted muy pronto los treinta años?

EUGENIO. —Muy pronto.

QUINITA. — ¿Como cuándo?

EUGENIO. — Pasado mañana.

QUINITA. — *(Levantándose sin poder remediarlo.)* ¡En el nombre del Padre!

EUGENIO. — ¿Qué?

QUINITA. — ¡Imposible!

EUGENIO. — ¿Cómo imposible? ¿Represento menos?

QUINITA. — ¡No es eso! ¡Sí que le pasan a usted cosas novelescas! ¿Cómo se va usted a casar de aquí al domingo, si no tiene novia todavía?

EUGENIO. — ¡Por eso la busco como la busco! ¡Y por eso le he podido parecer a usted loco!

QUINITA. — ¡Y por eso lo está!

EUGENIO. — ¿Que lo estoy?

QUINITA. — ¡No lo dude usted! ¿En qué cabeza cabe...?

(Vuelve PEPETE por donde se marchó.)

PEPETE. — Señorito: el equipaje está ya en er coche, y er coche a la puerta der jardín. EUGENIO. — Bueno.

(Se retira PEPETE.)

QUINITA. — ¿Corre mucho el automóvil de usted?

EUGENIO. — Corre bastante; pero, como ve usted, todo es poco.

QUINITA. — ¿Dónde va usted ahora?

EUGENIO. — A Sevilla. Vive allí — ¡o vivía!— una prima lejana por parte de mi madre, preciosa

criatura, con quien también coqueteé un poquitillo... ¡A ver si por casualidad está soltera!

QUINITA. — Será difícil.

EUGENIO. — ¡Lo probable es que me la encuentre con tres o cuatro hijos!

QUINITA. — ¡O viuda!

EUGENIO. — ¡Del mal, el menos!

QUINITA. — ¡Lo veo a usted echando un pregón!

EUGENIO. — ¡No! ¡Eso, jamás! Antes pierdo, no ya un título y una herencia: ¡hasta mis apellidos! En fin, dejo a usted. Bastante monserga le he dado.

QUINITA. — (*Tras otra pausita.)* ¿No aguarda a Manrique?

EUGENIO. — No. No tengo tiempo que perder. Ya lo buscaré para darle un abrazo. Quiero, además, felicitarlo calurosamente por la esposa que le ha dado Dios. (*QUINITA hace intento de hablar, pero calla.*) ¿Qué iba usted a decirme?

QUINITA. — Nada... Iba a agradecerle... sólo a agradecerle sus flores... Pero no insista usted en mi alabanza.

EUGENIO. — No insistiré, si usted no quiere. Lo cual no quita, es claro, que envidie en mi fuero interno a Manrique. ¡Hombre afortunado si los hay! Adiós, amiga mía.

QUINITA. — Amigo mío... ¿Sabremos de usted? ¿De su matrimonio... fulminante?

EUGENIO. — Prometo que sí.

QUINITA. — ¿Se celebre o no se celebre?

EUGENIO. — De todos modos. Si a usted le interesa el final...

QUINITA. — Me interesa.

EUGENIO. — Sí; lo comprendo... Por lo singular... por lo inaudito...

QUINITA. — Por muchas cosas juntas.

EUGENIO. — Pues corresponderé a ese interés. Sabrá usted el desenlace de la historia.

QUINITA. — Gracias.

EUGENIO. — Adiós.

QUINITA. — Adiós.

EUGENIO. — No sé qué me pasa que no sé irme. Adiós, en fin.

(Se marcha por la izquierda, volviéndose a mirarla una vez antes de alejarse. QUINITA, algo conmovida e inquieta, siente impulso de detenerlo, que al instante refrena, exclamando a modo de reproche a sí misma:)

QUINITA. — ¿Para qué decirle quién soy?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo lugar del acto segundo. Es al amanecer del siguiente día. Aún brilla alguna estrella en el cielo.

(óyese la voz de una Zagalilla que canta en el contorno.)

ZAGALILLA. —

Ya se va la noche beya;
ya viene alumbrando er día.
¡No queda más que una estreya!
Ésa es la tuya y la mía:
¡vámonos los dos a eya!

(Por la izquierda aparece EUGENIO, y por la derecha, simultáneamente, MANUEL.)

MANUEL. — Buenos días, señorito.

EUGENIO. — Buenos días.

MANUEL. — Mucho se madruga.

EUGENIO. — Para ver si me ayuda Dios.

MANUEL. — Yo pensé que er señorito se había ido ayer tarde.

EUGENIO. — Y me fui. Creyendo que me iba de todo... Pero volví a la media hora.

MANUEL. — ¿Se le orvidó a usté argo?

EUGENIO. — Sí.

MANUEL. — ¿Y se acordó usté a tiempo?

EUGENIO. — Sí. ¿Quién cantaba?

MANUEL. — Pepiya la der tinajero, que vive ahí ar lao. Una sagaliya que es una alondra.

EUGENIO. — Ya, ya. ¡Qué coplas más bonitas se cantan por aquí!

MANUEL. — Y tos los días, nuevas: ¡sin que las siembre nadie!

EUGENIO. — ¡Hermosa mañana! Aquel pradecillo de margaritas, a esta luz, parece de nieve, ¿verdad?

MANUEL. — De nieve pura; tiene rasón er señorito. (*Sorprendido, mirando hacia la derecha.*) ¿A vé? ¿Quién viene?

EUGENIO. — Una de las viajeras que llegaron anoche.

MANUEL. — ¿Anoche yegó gente?

EUGENIO. — Sí: a las dos largas. En el expreso de Madrid, que traía retraso.

MANUEL. —A esa hora estaba yo en siete sueños.

EUGENIO. — Y todo el mundo en el hotel. Pero yo velaba en mi cuarto, y los vi llegar.

MANUEL. — Esta señorita irá a misa de arba: a la der fraile.

EUGENIO. — Se lo preguntaremos.

MANUEL. — También madruga.

EUGENIO. — Querrá también que le ayude Dios.

MANUEL. — Pos ca uno a lo suyo. Er señorito ¿me manda arguna cosa?

EUGENIO. —Por ahora, nada.

MANUEL. — Con er duro que ayer tarde me dio er señorito Eugenio le compré unos sapatitos a mi Antonio.

EUGENIO. — ¿Quién es su Antonio?

MANUEL. — El úrtimo que tengo: er chipelín. Pero hasta er día der Corpus no quié la madre que los estrene.

EUGENIO. — ¿Hasta el día del Corpus?

MANUEL. — Ya está cerca. Por mucho que le crezca er pie de aquí a entonses...

EUGENIO. — Sí...

MANUEL. — Con Dios, señorito.

(Se va por la izquierda.)

EUGENIO. — Adiós, hombre, adiós. *(Viendo acercarse a la viajera, dice entre sí:)* Me enteraré de todo lo que le importa. (*Sale nuestra amiga CRISTOBALINA, de velito. Trae un devocionario en la mano.*) Buenos días.

CRISTOBALINA. — Buenos días.

EUGENIO. — (*Aprovechando una pequeña vacilación de ella.*) ¿Desea usted algo, señorita?

CRISTOBALINA. — No, señor, no... Es decir... Me dijo anoche el camarero... ¿Usted sabe dónde se dice la misa de alba?

EUGENIO. — Sí, señora: en aquella ermita. Desde aquí se ve.

CRISTOBALINA. — Sí, sí. Gracias, caballero.

EUGENIO. — Pero aún es pronto. Todavía no ha salido para allá el fraile que la dice. Vive aquí en la fonda. ¿Usted llegó anoche de Madrid?

CRISTOBALINA. — Sí, señor; anoche.

EUGENIO. — ¿Con su hermana?

CRISTOBALINA. — (*Perpleja.*) Con una de mis hermanas, sí, señor.

EUGENIO. — Cabal: con doña Trenza.

CRISTOBALINA. — ¿Eh?

EUGENIO. — Usted es, si yo no me engaño, la tía joven de QUINITA Flores.

CRISTOBALINA. — Justamente. ¿Conoce usted a mi sobrina?

EUGENIO. — La conozco. Pero sobre todo a Manrique. Somos muy amigos. Estoy al cabo de la calle.

CRISTOBALINA. — Ya.

EUGENIO. — ¿Con ustedes viene el novio famoso?

CRISTOBALINA. — (*Apesadumbrada.*) ¡Sí, señor! ¡Viene con nosotras!

EUGENIO. — Pero QUINITA y Manrique lo ignoran absolutamente.

CRISTOBALINA. — Absolutamente. Ésta era la única manera de sorprenderlos, según piensa mi hermana. Cuando llegamos nosotros anoche, ellos ya estaban recogidos. Así que se levanten luego, se encontrarán con esta bomba. Ni mi hermana ni yo hemos podido pegar un ojo. Yo ahora voy a la iglesia a pedirle a Dios que nos saque con bien del lance. ¡Ay, qué vida, señor, qué vida!

EUGENIO. — Supongo que el novio habrá tomado billete de ida y vuelta.

CRISTOBALINA. — ¿Por qué?

EUGENIO. — ¡Porque va a perder el viaje!

CRISTOBALINA. — ¿Usted cree?

EUGENIO. — ¡Estoy segurísimo! QUINITA lo detesta. El amor que le tuviera un día se ha convertido en repulsión.

CRISTOBALINA. — ¡Claro! ¡Yo estoy también segura de ello! He venido por acompañar a mi pobre hermana, que no se resigna al fracaso de sus ilusiones, y que está muy quebrantada además. Él jura y perjura que la causa de su abominable proceder ha desaparecido por completo. ¿Y qué, que haya desaparecido? La herida ya está hecha. Es mal que no tiene remedio.

EUGENIO. — No lo tiene.

CRISTOBALINA. — ¿Opina usted lo mismo que yo?

EUGENIO. — Y lo mismo que toda persona que juzgue el caso con imparcialidad.

CRISTOBALINA. —Yo creo que ese muchacho debía ya convencerse de su error, resignarse... y aun pensar en otra mujer. (*Se alude vagamente*.) La mancha de la mora... ¿Ha hablado usted mucho con QUINITA?

EUGENIO. — ¡Mucho! La conocí ayer tarde: no sabía quién era, y me marchaba indiferente de este pueblo. Supe luego de ella por su propio hermano, y volví. ¡Cuánto se puede hablar con una mujer en una noche de primavera! Cuando ella se retiró a su alcoba a descansar, éramos ya íntimos amigos: nos tuteábamos. Yo tampoco he podido dormir.

CRISTOBALINA. — ¡Jesús! ¡Jesús! (*Sonriente*.) Ahora comprendo... ¡Ahora comprendo por qué asegura usted que Amalio va a perder el viaje! ¡Ánimas benditas! Voy a rezar, voy a rezar...

EUGENIO. —La guiaré a usted hasta la ermita, si me lo consiente.

CRISTOBALINA. — No se moleste usted...

EUGENIO. — No es molestia ninguna.

CRISTOBALINA. — Muchas gracias.

EUGENIO. — Dicen que ese Cristo es muy milagroso.

CRISTOBALINA. — ¿Sí, eh?

EUGENIO. — Cuenta y no concluye esta gente...

(Se alejan por la izquierda, hacia el fondo. Vuelve a oírse a la ZAGALILLA de antes.)

ZAGALILLA. —

Aquer clavé tempranero
que está entre la zarzamora
es er clavé que yo quiero,
porque la disen de aurora.
¡Si no me lo dan, me muero!

(Vuelve MANUEL por donde se marchó, a tiempo que por la derecha sale QUINITA.)

MANUEL. — Así ar pasá he podío cogé más de cuatro cosas. ¡Esto es una novela!

QUINITA. —No está aquí.

MANUEL—Buenos días, señorita.

QUINITA. — Buenos días.

MANUEL. —Ahora iba yo a cortá unas flores pa unté. ¡Cuánto se madruga!

QUINITA. — Al . que madruga Dios le ayuda.

MANUEL. —Así dise er refrán.

QUINITA. —Y que convida a madrugar la mañana. ¡Qué fresco tan hermoso!

(Pasea sus inquietos ojos por el jardín.)

MANUEL. — ¿Busca la señorita a arguien?

QUINITA. — No. ¿Quién cantaba ahora?

MANUEL. — ¿Eh?

QUINITA. — ¿Quién cantaba?

MANUEL. — Yama la atensión la chiquiya. Una hija der tinajero de ahí junto. ¡Qué pico tiene!

QUINITA. — Sí que tiene buen pico. Canta que da gloria. Y luego, estas coplas andaluzas, ¡son tan bonitas!

MANUEL. — Verdá que lo son.

QUINITA. — (*Suspirando con embeleso.*) ¡Ay!... Es un encanto este jardín. ¡Cuidado si se ve precioso a esta luz aquel pradecillo de margaritas!

MANUEL. — ¡Vaya! ¡Ni que fuea una lersión!

QUINITA. — ¿Qué?

MANUEL. — ¡Que me está usted disiendo lo mismo y cuasi con las mismas palabras que me acaba. e desí er señorito!

QUINITA. — ¿Qué señorito?

MANUEL. — ¡Ese señorito tan juncá que vino ayer tarde a las sinco, se fue a las seis y vorvió a las siete! ¡Es particulá!

QUINITA. — Se arrepentiría en el camino. O se dejaría olvidada alguna cosa.

MANUEL. — ¡Eso ha sío lo que yo le he dicho!

QUINITA. — ¿Sí?

MANUEL. — Sí. Usté ¿no ha estao escuchando?

QUINITA. — (*Riéndose.*) ¿Yo? ¡Qué disparate!

MANUEL. — ¡Pos es considensia!

QUINITA. — ¡Ja, ja, ja!

MANUEL. — Se ríe la señorita.

QUINITA. — Es que no soy tan seria como usted se pensó ayer tarde.

MANUEL. —Por lo menos, la señorita se ha levantao más contentiya esta mañana.

QUINITA. — Más contentilla me he levantado.

MANUEL—Le ha cambiao er genio en una noche. ¡Las aguas no puen sé toavía!

QUINITA. — ¡No he probado una gota!

MANUEL. — ¡Le echaremos la curpa al aire!

QUINITA.— Eso: al aire, que en un instante mueve las cosas y las cambia. ¡El aire, el aire!...

(Abstraída, se recrea recordando una de las coplas de la Zagalilla.)

¡No queda más que una estrellal...
Ésa es la tuya y la mía:
¡vámonos los dos a ella!

¡El aire, el aire!...

MANUEL. — ¡O er fuego!

QUINITA. — ¿Cómo?

MANUEL. — ¡Es argo simpático!

QUINITA. — ¿Quién?

MANUEL. — Er señorito de « ¿me ves? ¡pos ya no me ves!»

QUINITA. — ¡Ja, ja, ja!

MANUEL. — ¿Lo ha conosío la señorita?

QUINITA. — Verde y con asas... ¿Andaba por aquí?

MANUEL. — Por aquí andaba. Andaba iba pa ayá, guiando a una señorita forastera.

QUINITA. — ¿A una señorita?

MANUEL. — A una señorita que yegó anoche de Madrí. Yegaron dos o tres viajeros.

QUINITA. — ¿De Madrid?

MANUEL. — En el espreso de Madrí. Aquer cabayero que ayí aparece debe de sé unos de eyos.

(Vuelve QUINITA la cara hacia la derecha, y da un grito revelador. Estremecida de arriba abajo, cierra los ojos por no ver lo que ha visto.)

QUINITA. — ¡Oh!

MANUEL. — (Con solicitud.) ¿Le pasa argo a la señorita?

QUINITA. — No...

MANUEL. — ¿Se le ofrese argo?

QUINITA. — No...

MANUEL. — (*Alejándose discretamente*.) Con permiso. (*Se va por la izquierda, hacia el foro*.) ¡Una novela! ¡Una novela!

QUINITA. — (*Angustiada, sobrecogida; con miedo, con rabia, con espanto*.) ¡Madre mía! ¿Qué es esto?

(Aguarda sin mirar. A poco, por la derecha, aparece AMALIO, su prometido, el cual, trémulo y con la vista baja, avanza hacia ella.)

AMALIO.— ¡Perdón! Al volver a verte, ésta quiero que sea mi primera palabra. Temí que no podría pronunciar ninguna.

QUINITA. — ¡Cuánto mejor hubiera sido!

AMALIO. — ¿Te enoja que te pida perdón?

QUINITA. — ¡Me enoja tu presencia! Enojarme es poco: ¡me subleva, me hiere! ¡No pensaba oírte más ni verte más en este mundo! ¿A qué has venido? ¡Mide en tu conciencia, si la tienes, lo que conmigo has hecho! ¿A qué has venido?

AMALIO. — He venido... porque debía venir.

QUINITA. — ¿Ahora?

AMALIO. — Debí venir antes, ya lo sé... pero nunca es tarde para llorar la culpa y para arrepentirse.

QUINITA. — ¡Según lo que se espere del arrepentimiento!

AMALIO. — Perdóname. No me hinco de rodillas por no parecerte ridículo.

QUINITA. — ¡De rodillas me dejaste a mí sola, llorando, cuando yo te aguardaba para unirnos por siempre! ¡Qué horror entonces!... ¡Qué pena de muerte aquellos días!

AMALIO. - ¿Crees que no lo comprendo? ¿Por que hice lo que hice, Señor? ¡He llorado mucho después! Todo esto me parece una pesadilla angustiosa. Tienes que perdonarme, QUINITA: tú eres buena.

QUINITA. — Para ti agoté mi bondad.

AMALIO. — Pero ¿no me perdonas?

QUINITA. — Mientras te vea, no. ¡Vete, y según te alejes de mí, irás sintiendo mi perdón que te empuja! ¡Vete, vete!

AMALIO. — Acaso he hecho mal en pedirte perdón sin explicarte antes... sin justificarme en lo posible a tus ojos... óyeme.

QUINITA. — ¡No te quiero oír!

AMALIO. — ¿Ni para apoyar tu perdón?

QUINITA. — ¡Es mucho más fácil que te perdone sin oírte! ¡Vete, por Dios, vete; no perturbes de nuevo mi vida, que ya no te puede pertenecer!

AMALIO. — ¿Qué dices?

QUINITA. — ¿Te sorprende?

AMALIO. — No sé... Tú tienes razón para todo; pero óyeme. Es voluntad de tu familia, de mi padre, de tu confesor... Debes oírme. Tía Trenza y Cristobalina han venido conmigo.

QUINITA. — ¿Qué?

AMALIO. — Sí; llegamos anoche.

QUINITA. — (*Conmovida un momento.*) ¡Tía Trenza! ¡Pobre señora!

AMALIO. — Ella, con su cariñosa elocuencia, te dirá lo que yo sin duda no acertaré a decirte; te

persuadirá... Habíamos convenido en que ella te hablase primero que nadie; pero la casualidad ha querido que sea de otra manera. Yo estaba asomado al balcón de mi cuarto, cuando te vi salir al jardín. ¡El corazón me sacudió el pecho, me subió a la garganta!... Corrí a encontrarte sin poder contenerme... ¿No me miras?

QUINITA. — No. ¿Para qué? ¿Resistirías tú mis ojos si yo te mirara?

AMALIO. — Quizá no. Ahora no; más tarde... ¡Ha sido espantosa mi acción! ¡Imperdonable; yo lo considero!... ¡Pero no fui dueño de mí! ¡Maldita mujer!... Haces bien, Quinita no me mires todavía, no me mires, aunque me ibas a ver llorando. Pero no me mires hasta que me escuches. Tal vez luego me tengas lástima.

QUINITA. — Ya te he dicho que agoté contigo mi bondad. Me desconozco. Nunca me supuse capaz de tanta indiferencia. A ti se debe: es obra tuya. A mi lado te tengo, como en tantas horas de nuestra vida, y de aquel fuego que yo ponía en quererte, ni las cenizas quedan ya. No son vanas palabras: ¡ni las cenizas!

AMALIO. — ¿En tan corto plazo ha podido ser eso?

QUINITA. — Sobran aún todos los días que hace que no nos vemos, Amalio: ¡eso fue en un segundo! Vete: déjame.

AMALIO. — No será sin que intente remover por mí esas cenizas y echar alguna leña al fuego.

QUINITA. — ¡Si lo hubiera!...

AMALIO. — ¡Fuerza será encenderlo otra vez!

QUINITA. — No te canses.

AMALIO. — Es, por cima de la voluntad de todos, deber mío: necesidad de mi corazón.

QUINITA. — ¡De tu corazón!

AMALIO. — De mi corazón, sí: yo no soy malo, aunque haya cometido involuntariamente una maldad. Por un solo hecho, ¿ha de quedar un hombre convertido en otro?

QUINITA. — Ante alguna persona, sí.

AMALIO. — Si yo fuera malo y despreciable, ¿me habrías querido tú durante tantos años? ¿me habrían deseado para ti los tuyos? No, no: una falta, sí se confiesa, si se comprende, si se abomina de ella, no quiebra una vida; no la cambia de buena en mala.

QUINITA. — ¡Calla; por favor; te suplico que calles!

AMALIO. — Déjame que siga, mujer. ¿O es que te duele que me justifique?

QUINITA. — ¿Justificarte tú? Convéncete, hombre: hay cosas que, cuando suceden, llevan a dos seres a un mundo distinto a cada uno. Y en este en que yo vivo ahora, en que empiezo a vivir, no me interesa lo más mínimo esa historia que tú quieres contarme en defensa tuya; una historia que he oído ya de cien bocas distintas, después de tu huida; de tu infamia. No es nueva para mí tampoco.

AMALIO. — De mis labios, sí.

QUINITA. — De tus labios la he debido oír mucho antes de ahora. Y entonces, o nos hubiéramos separado en paz, como amigos —con dolor, pero como amigos—, o nos habríamos querido más como enamorados.

AMALIO. Es que tú no sabes... no sabes...

QUINITA. — Sí Sé.

AMALIO. — No sabes, no... Yo nunca te hablé de ello porque me avergonzaba hablarte; porque no presumí que aquello tuviera raíces; porque siempre contaba con arrancarlas fácilmente en último caso.

QUINITA. — Eso, eso; confianza en una libertad que se cree tener por egoísmo, y que de pronto viene la vida a descubrir que no se tiene. ¡La aventurilla de estudiante, que empieza en locura y suele acabar en pesadumbre!

AMALIO. — Es verdad; eso ha sido todo.

QUINITA. — ¿Ves cómo lo sé? Unos hombres se zafan de ella y otros no, pero todos son igualmente livianos y perversos. Cuándo aquella mujer no estaba ante ti, tú te considerabas libre.

AMALIO. — ¡Y lo era!

QUINITA. — ¡No! ¡Ya lo has visto! Ésa ha sido tu equivocación, de que yo al cabo he de alegrarme. (*AMALIO la mira asombrado.*) ¡Alegrarme, sí; no abras con ese espanto los ojos! ¡La cadena que a ti te aprisionaba, me ha libertado a mí! Si no fuera por esta alegría que ahora siento, ¡qué vergüenza me daría recordarlo! ¡Vivías en bochornosa promiscuidad, entre los tirones que te daba la otra, de los cuales imaginabas verte libre a capricho, y mi cariño honrado!... ¡Cómo entiendo ahora tantas cosas!... ¡Y vienes tú, infeliz, a querer borrar en un instante todo eso con unas palabras de arrepentimiento tardío y unas lágrimas!... ¡Vete, vete ya! ¡Ojalá Dios te abra camino! ¡Camino en que jamás has de encontrarme; convéncete!

AMALIO. — ¿Y si te dijera que el fundamento de todo este mal ya no existe? ¿que he salido del calabozo? ¿que soy libre de veras? ¿que esa mujer está ya muy lejos?...

QUINITA. — ¡Inútil sacrificio! Lo celebro, sin embargo, si es bien para ti.

AMALIO. — Y ¿para ti no?

QUINITA. — Pero ¿te atreves a insistir todavía? ¿No miras cómo me contengo para no exacerbarme? ¡Si es que me repugna remover todo esto y hablarte como te debo hablar! ¡Eres incapaz de ponerte en mí, de sentir por mí, de asomarte a mi alma! ¿Qué me importa de esa mujer? ¡Ya sé que le habéis tapado la boca con dinero y que la enviáis fuera de España! ¿Y qué? ¿Y qué? ¿Es ella, por ventura, la que a mí me ha ofendido, o eres tú? ¡Hipócrita! ¡Cobarde! ¡Éste es el castigo de tu pecado! ¿Tú sabes cómo a mí se me hundió la tierra en aquel instante en que no fuiste

al altar en que yo te esperaba? ¿Tú sabes que me vi morir? ¿Tú sabes que para mí se acabó la vida en un momento? ¡Pues si no lo sabías, ya lo oyes! ¡Te faltaba esto: te faltaba verme llorar ante ti, verme temblar, verme aterrada de pensar que mi vida hubiera sido tuya! ¡Pues ya lo has visto, hombre! ¡Ya no te queda más que ver!

AMALIO. — A ti, sí: a ti te queda por ver mi angustia, mi desesperación, mi remordimiento; la tristeza que ya me aguarda para mientras viva. ¿Verás todo esto con serenidad? ¿Sabrás dejarme, viéndolo?

QUINITA. — Dios te remediará, como a mí, si es que lo mereces.

AMALIO. — (*Enternecido.*) ¿Es decir, que de aquel cariño de siempre, de aquellas constantes promesas, de aquellos sueños de felicidad, no existe ya nada? ¡Quince años destruidos en un mes!...

QUINITA. — ¡En un segundo! ¡No lo olvides!

AMALIO. — (*Conteniendo el llanto.*) ¡No sabré, no sabré resignarme!... ¡Duro y tremendo es el castigo! ¡No sabré, no podré!... ¡Señor!...

(Por la derecha aparece en esto DOÑA TRENZA. QUINITA corre a ella apenas la ve.)

QUINITA. — ¡Tía Trenza!

DOÑA TRENZA. — ¡Hija!... ¡Hija!...

(Se abrazan.)

AMALIO. — Ni dándole ese nombre logrará usted conmoverla ni convencerla: abomina de mí.

DOÑA TRENZA. — ¡Oh! ¿Querías que te recibiera con palmas de oliva, hombre de Dios? ¡Todo se andará, si Dios quiere! (*A un gesto de QUINITA.*) Sí, Quinita, sí... A mis años, con mis achaques, con mis penas... cuando vengo a buscarte... Tú no me darás una nueva amargura... No, no me la darás. Yo no me iré de aquí sin el consuelo que persigo, sin tu promesa de perdón, sin tu juramento... Las paces, las paces... ¿Quién no las desea?... Es lo que debe ser... Las reclama nuestro buen nombre... la sociedad... la gente... ¡Todo esto es un delirio! (*Encarándose con AMALIO.*) ¿Por qué le has hablado tú antes que yo? Ven ahora conmigo; quiero que Manrique te abrace.

QUINITA. — (*Atónita.*) ¿Manrique?

DOÑA TRENZA. — Manrique, sí, Manrique... ¿Por qué no? ¿Qué se opone a ello? Habéis de entrar en razón uno a uno. Ven, Amalio, ven... Tú aguarda aquí, niña; aguarda aquí. Hablaremos... Vas a oír por mi boca la voz de tu madre. ¡Si la pobre viviese!... ¡Si hubiera presenciado este escándalo!... ¡Ella, tan mirada!... ¡Jesús!... Es su voz la que vas a oír. Ahora, para empezar, dale la mano a Amalio.

QUINITA. — ¡No!

DOÑA TRENZA. — ¡Niña!

AMALIO. — ¿Ni la mano siquiera?

DOÑA TRENZA. — ¡Vamos, Quinita, vamos!... Sé más generosa... Si tendrá que ser...

(AMALIO le tiende la mano. QUINITA le da la suya un momento con frialdad, violentándose.)

AMALIO. — Quinita.

DOÑA TRENZA. — Tendrá que ser, tendrá que ser...Hay que perdonar las torpezas... Las locuras se olvidan, se disculpan... ¡Una flaqueza no es un delito, niña mía! Ven, Amalio, ven... Espérame tú. (*Llevándose a AMALIO hacia la derecha*.) Allí está Manrique... Dios me inspire hasta el fin.

AMALIO. — ¡El fin ya lo sé yo!... ¡Ay, doña Trenza! ¡He venido a enterarme de lo que vale, ahora que la pierdo para siempre!

DOÑA TRENZA. — ¡No digas simplezas tú también!

AMALIO. — ¡Usted lo verá!

(Desaparecen silenciosos.)

QUINITA. — *(Con gran agitación y desconcierto; aterrada, indignada.*) ¡Madre mía! Pero ¿qué pretenden de mí? Pero ¿han creído posible...? Pero ¿creen posible...? ¡No, no! ¡Cuentan con todo menos con mi alma! ¡Me asusto de pensarlo! ¡Me ahogo! ¡No, no! (*A EUGENIO, que llega por la izquierda, anhelante.)* ¡Eugenio!

EUGENIO. — ¡Quinita! ¿Qué tienes? ¡Pero no me lo digas, porque ya la sé!

QUINITA. — ¿Lo sabes?

EUGENIO. — He acompañado a tu tía Cristobalina a la ermita, y hemos hablado mucho. Forma parte de la conspiración, pero no está conforme con ella.

QUINITA. — ¿De modo que te ha dicho a qué vienen?

EUGENIO. — ¡Figúrate! ¡A amparar entre todos al que no te quiso!

QUINITA. — Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Qué razón hay?

EUGENIO. — ¿Qué razón ha de haber, criatura? ¡Ninguna que así pueda llamarse en verdad! ¡Compromisos sociales, conveniencias, rutinas, mentiras, egoísmos!... ¡Qué absurdo, atender a eso después de lo pasado! ¡La gente es insensata! ¡Aquí no importan más que tu voluntad y tu vida!

QUINITA. — ¡Y mi voluntad fue la de no volver a ver más a ese hombre! ¡Así se lo pedí a la Virgen de los Dolores aquella mañana! ¡Y mi vida será de cualquiera menos suya!

EUGENIO. — ¡Tu vida será mía!

QUINITA. — ¿Tuya?

EUGENIO. — ¡Mía, sí: mía! ¡Desde anoche lo es! ¡Tu Virgen nos ha reunido en este lugar para que lo sea! ¡Esto ha sido providencial, Quinita; no lo dudes! ¡Bien haya mi suerte cien veces! ¡Ser yo, yo, quien burle a la vez a los que a mí pretendieron burlarme y a los que vienen a secuestrarte a ti! ¿Verdad que soy un hombre dichoso?

QUINITA. — ¿Dichoso por haberme encontrado?

EUGENIO. — ¡Por eso sólo lo sería, aunque el encontrarte no me trajera sino tu cariño! Tú eres...

QUINITA. — ¡Yo no soy más que una mujer atormentada, entristecida, hollada por un desengaño cruel; una mujer que está viviendo unas horas extrañas, nuevas!... ¡Yo nunca pensé que había de vivir estas horas!... Mi corazón desde ayer late de otro modo. Lo oigo sonar dentro de mi pecho: me figuro que canta... pero también siento como que llora... y no sé si es de dolor, de asombro o de alegría. Mis ojos lloran a la vez que mi boca ríe... ¿Qué es esto?

EUGENIO. — ¡Esto es que me quieres!

QUINITA. — ¿Que te quiero?

EUGENIO. — ¡Que me quieres! ¿Qué otra cosa ha de ser? ¡Me lo dijiste anoche!

QUINITA. — ¿Anoche? ¿Te lo dije anoche?... ¡Anoche te dije tantas locuras!

EUGENIO. — Ninguna me dijiste. No hiciste más que abrirme tu corazón herido, segura de que yo sabría comprenderlo; llamar a quien podía escucharte. Eso hiciste anoche. Y ahora serías enteramente dichosa, como cuando anoche nos despedimos, si no hubieran surgido de pronto esos fantasmas, esas sombras, esos viajeros a quienes no ha llamado nadie y que vienen por ti.

QUINITA. — ¡No!

EUGENIO. — ¡Por ti vienen, Quinita!

QUINITA. — ¡No me llevarán!

EUGENIO. — ¡Así lo espero! ¡Esa confianza me sostiene! Pero van a asediarte: van a poner delante de ti todos los días de quince años, y frente a ellos no puedes tú oponerles más que las horas de una noche de luna y de un amanecer.

QUINITA. — ¡Pues más pueden ya —te lo juro— esa noche y este amanecer, que aquellos quince años sin luz! ¡Y yo creía que no había en el mundo más luz que aquélla!... ¡Inocente! ¿Qué sabía yo de eso?

(De derecha a izquierda cruza en este instante FRAY CRISTINO.)

FRAY CRISTINO. — Buenos días nos dé Dios.

EUGENIO. — Buenos días, padre.

QUINITA. — Buenos días.

EUGENIO. — ¿A su misa, verdad?

FRAY CRISTINO. — Sí: allá voy. Con alguna prisa, porque me he retardado. Pero ya me esperarán los fieles. Son pocos y me quieren bien. ¡Casi no he dormido esta noche! Pared por medio de mi alcoba me acomodaron a un viajero que llegó a las tantas, y que se ha pasado la noche hablando solo. No sé qué le sucedería. Y a mí, que me desvela el vuelo de una mosca... En fin, hasta luego.

QUINITA. — Vamos los dos a oír misa, padre.

FRAY CRISTINO. — ¿Ah, sí? Me place mucho. Hasta ahora, entonces. ¡Esta plazoleta... esta plazoleta!...

(Vase sonriendo.)

EUGENIO. — ¿De eso sí te acordabas?

QUINITA. — ¿De qué?

EUGENIO. — De que me ofreciste que hoy oiríamos la misa de alba juntos.

QUINITA. — ¡Por eso estoy aquí! ¡Y ahora mismo me voy a la ermita! ¡Y al Señor milagroso de aquel humilde altar voy a hacerle ofrenda de mi alma! ¡Voy a pedirle que él me ampare contra lo que me acecha! ¡Eso será más fuerte que todo!

EUGENIO. — Pues siguiendo tus pasos iré yo; y caeré de rodillas junto adonde tú estés; y rezaré lo que tú reces; y oirás en silencio mi pensamiento, que le dirá al Señor: «Padre mío, dámela por esposa.»

QUINITA. — ¿Por esposa?... ¡Eugenio!... ¡Jesús!... ¡Por esposa! ¿Cómo escucho esta palabra sin miedo?

EUGENIO. — ¡Porque soy yo quien te la dice!

QUINITA. — ¡Tú!... Y ¿quién eres tú, Eugenio; quién eres tú? ¿Quién eres tú, que me ofreces tu vida? Una vida de la que ayer ni aun sospechaba yo... y hoy... ahora... ¡Oh! ¡Allí vienen mi tía Trenza y Manrique! ¡No quiero hablar con ellos! Diles tú que estoy en la ermita... Díselo... y no tardes.

(Se va tras FRAY CRISTINO. EUGENIO queda como embelesado. Mira al cielo, que se va inundando de luz.)

EUGENIO. — ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué profunda felicidad!...

(Salen por la izquierda DOÑA TRENZA y MANRIQUE.)

MANRIQUE. — ¿Hablas solo, muchacho?

EUGENIO. — Despedía a la última estrella de la noche. ¡Hoy ha amanecido dos veces!

MANRIQUE. — ¿Sí, eh?

EUGENIO. — ¡Como te lo cuento, Manrique! ¡Y es posible que no anochezca, en cambio!

MANRIQUE. — ¡Es posible!

EUGENIO. — Señora...

DOÑA TRENZA. — Caballero...

MANRIQUE. — Este amigo...

EUGENIO. — Ya le dirás quién soy cuando me marche. Yo sé bien quién es ella. ¿Busca usted con los ojos a su sobrinita, verdad? ¡Qué perla de muchacha! Acaba de marcharse a la ermita a oír la

misa de Fray Cristino, que va por delante. Yo también voy allá. ¡Cuánto me alegra conocerla, señora! Sé que nadie en el mundo como usted desea la dicha de Quinita, y esto me la hace grandemente simpática. Confío en que se irá usted de aquí satisfecha. Luego es fácil que me permita pedirle a usted su mano. Adiós, Manrique. Adiós, señora. (*Se marcha presurosamente.)*

DOÑA TRENZA. — ¡Madre de Dios! ¿Qué tarambana es éste?

MANRIQUE. — No, no; no es ningún tarambana. Es un muchacho de gran talento y de gran corazón. Un poquillo vehemente, eso sí.

DOÑA TRENZA. — ¡Llámale hache! ¡Me ve por vez primera y a boca de jarro me dice que me va a pedir la mano de Quinita! ¿Habrá majadero?

MANRIQUE. — ¿Y si se ha prendado de ella, tía?

DOÑA TRENZA. — Pero ¿desde cuándo la conoce?

MANRIQUE. — ¡Desde ayer tarde!

DOÑA TRENZA.— ¡Bah! ¡bah! ¿A que el tarambana vas a resultar tú?

MANRIQUE. — No lo creas. Tú verás cómo la única persona que procede aquí cuerda y discretamente soy yo, porque soy el único que ha dormido bien esta noche. Los demás, todos están sobreexcitados por el insomnio. Empezando por ti. A ti te ha entrado con el desvelo un recrudecimiento de tu bondad; un ataque agudo de lo que fue tu ilusión de ventura para Quinita.

DOÑA TRENZA. — ¿Qué quieres decirme?

MANRIQUE. — Ahora me explicaré. Ese muchacho que se ha ido merece toda mi estimación y mi simpatía.

DOÑA TRENZA. — Y ¿a mí, qué?

MANRIQUE. — Vale mucho; no es un hombre vulgar; es bueno, como te he dicho antes; generoso, noble, rico, de delicado espíritu, apasionado, fuerte...

DOÑA TRENZA. — Bien, hijo, bien; pues todo eso se lo cuentas a quien le importe algo.

MANRIQUE. —Justamente por eso te lo cuento a ti.

DOÑA TRENZA. — ¿Eh?

MANRIQUE. — Y por eso mismo, antes que a ti, se lo he contado también a Quinita.

DOÑA TRENZA. — ¿Qué hablas?

MANRIQUE. — Anoche. Y sin pararme en barras, ¿lo oyes, tía Trenza? Más bien ponderando sus cualidades con exageración que descubriéndoselas sencillamente. Sí, sí: le hice de él un elogio completo: lo pinté como un héroe, casi. De sus defectos no le dije ni uno.

DOÑA TRENZA. - ¿Y eso?...

MANRIQUE. — Eso fue porque advertí en mi hermana un secreto interés por él. ¡En Quinita, que creía ante ayer que el horizonte de todo amor estaba cerrado para ella!

DOÑA TRENZA. — ¿Qué dices?

MANRIQUE. — Aproveché la oportunidad que me brindó la suerte y pensé: aquí que no peco. Este hombre le ha petado a mi hermana: es indudable. Podrá ser el amor de su vida, pero desde luego puede ser quien ahora levante las sombras de su corazón; quien la ilusione y la distraiga... ¡Tal vez quien cambie el torcido concepto que en estos instantes tiene la infeliz de las cosas y de los seres! Y fui yo mismo quien detuvo a Eugenio en su partida —se llama Eugenio—, y quien hábilmente consiguió que volviera aquí. Y anoche, a deshora, los dejé charlando entusiasmados en este jardín, y desde mi cuarto oía yo complacido la risa de Quinita. ¡La risa de Quinita, tía Trenza, que hacía un mes que nadie escuchaba! ¡Yo la recibí en mis oídos como el trinar de un pájaro que un mal día se escapó de la jaula, al que se cree perdido ya, y que de pronto vuelve una mañana y pía en los balcones!...

DOÑA TRENZA. — ¡Jesús, cómo te elevas! ¡Qué poético amanece el día! Y ello me parece muy bien; y yo lo celebro como tú, Manrique; pero comprenderás, hijo mío, que mal que pese a ese dechado de virtudes, las cosas, a Dios gracias, han de volver al lugar en donde estuvieron.

MANRIQUE. — ¡Tía Trenza!

DOÑA TRENZA. — Es lo razonable, es lo normal, es lo prudente, es lo que demanda el buen gusto, y el buen juicio, y la tradición de la familia. ¿O es que yo, cargada de años y de goteras, he emprendido este viaje a tontas y a locas?

MANRIQUE. — Este viaje no has debido emprenderlo.

DOÑA TRENZA. — ¡Muchacho!

MANRIQUE. -No has debido, tía Trenza. Te engaña el deseo; te engañan muchos prejuicios. Este viaje es absolutamente inútil. Amalio, por desgracia, pudo ser el, marido de Quinita; por suerte, no lo será nunca.

DOÑA TRENZA. — ¿Ahí estamos ahora?

MANRIQUE. — Pues ¿dónde hemos de estar?

DOÑA TRENZA. — Pero ¿no acabas de abrazarlo?

MANRIQUE. — En efecto: acabo de abrazarlo, porque me lo has mandado tú, y porque yo había dicho que donde lo viese lo abofetearía; y he querido probarle que sé perdonar... y agradecer.

DOÑA TRENZA. — ¿Agradecer?

MANRIQUE. — Agradecer que tan a tiempo dejase a mi hermana.

DOÑA TRENZA. — ¡Bah! ¡bah! ¡Ésas son frases! ¡Frases! ¡El muchacho está arrepentido; pesaroso; da lástima oírlo!

MANRIQUE. — ¿Y a Quinita, no?

DOÑA TRENZA. — ¡Hablamos de él ahora! ¡Él está anhelando remediar su falta, probar su

cariño!...

MANRIQUE. — ¡Su cariño lo ha probado ya!

DOÑA TRENZA. — ¡Déjate de rencores!

MANRIQUE. — *(Mirando hacia la izquierda sorprendido.*) ¿Qué le ocurre a Cristobalina?

DOÑA TRENZA. -¡Es verdad! (*Corriendo a su encuentro.*) ¡Cristobalina! ¡Hija! ¿Qué traes? ¿Te has puesto mala?

(Sale CRISTOBALINA sin poder hablar de puro desconcertada y nerviosa, buscando apoyo entre los dos, vacilante, trémula.)

CRISTOBALINA. — ¡Ay, ay!

DOÑA TRENZA. — ¡Criatura!

CRISTOBALINA. — ¡Ay!

MANRIQUE. — ¿Qué tienes?

CRISTOBALINA. — ¡Ay! ¡Me faltan las fuerzas! ¡Yo no estoy para estos espectáculos! ¡Ay! ¡ay!

DOÑA TRENZA. — ¡Por Dios, no nos asustes!

CRISTOBALINA. — ¡Ay!

MANRIQUE. — ¿No serán tus nervios, corno siempre?

CRISTOBALINA. — ¿Qué han de ser mis nervios? ¡Ay! ¡ay! ¡El jardín me da vueltas!... ¡Me falta el piso!

DOÑA TRENZA. — ¡Pues siéntate, muchacha!

CRISTOBALINA. — No puedo, no puedo...

DOÑA TRENZA. — Estás fría... temblando...

MANRIQUE. — Cálmate, mujer, y dinos qué_ sucede.

CRISTOBALINA. —Déjame que aliente, Manrique... ¡Ay! ¡ay! Figuraos lo más inesperado... lo más gran de... lo más... ¡Ay! ¡Se me traba la lengua cuando intento decirlo! No puedo hablar... no puedo...

MANRIQUE. — ¡Pues escríbelo en un papel!

DOÑA TRENZA. — ¡O dilo por señas!

CRISTOBALINA. — No, no lo echéis a broma, que es muy serio... ¡muy serio!... ¡Ay Virgen mía de los Dolores! ¡Ay Señor! ¡Ay! ¡ay! ¡Yo estoy en mi cuarto soñando! ¡Yo estoy local...

DOÑA TRENZA. — ¡Locos estarnos todos, según parece!

CRISTOBALINA. — ¿Qué creéis que ha hecho Quinita?¡Quinita! ¿Qué creéis que ha hecho Quinita? ¡Quinita!

DOÑA TRENZA. — ¿Quinita?

MANRIQUE. — ¡Quinita está en misa ahora mismo!

CRISTOBALINA. — ¡En misa! ¡en misa! De allí vengo yo. ¡Ay! ¡ay! ¿Qué creéis que ha hecho en misa? ¿Qué creéis que ha hecho?

DOÑA TRENZA. — ¿Qué ha hecho? ¡Habla, que no resisto más!

MANRIQUE. — ¡Ni yo! ¿Qué ha hecho?

CRISTOBALINA. — ¡Casarse!

DOÑA TRENZA. — ¿Casarse?

MANRIQUE. — ¿Cómo casarse?

CRISTOBALINA. — ¡Casarse! ¡casarse! ¡Se ha casado!

DOÑA TRENZA. — ¿Con Amalio?

CRISTOBALINA. — ¡Que con Amalio! ¡Con un amigo de éste! ¡Ay! ¡ay!

MANRIQUE. — ¿Con Eugenio?

DOÑA TRENZA. — ¡Pero eso no puede ser, Cristobalina! ¡Tú estás loca, verdaderamente!

CRISTOBALINA. — No, no... Lo que os cuento es el Evangelio... ¡Ay! ¡ay! ¡Se ha casado! ¡Le valdrá o no le valdrá; pero se ha casado! ¡La que se armó en la ermital... Porque fue de pronto... Estaba de rodillas al pie del altar en que oficiaba el padre, y cuando menos podía nadie esperarlo, se levanta y grita: « ¡Éste es mi esposo y ninguno más!» Una cosa así: como en los cuentos. Y él dijo algo por el estilo. Y se arrodillaron otra vez cogidos de la mano y mirándose... ¡Qué paso! ¡Qué bochorno! ¡Y el fraile por poco se desmaya! ¡Y al monaguillo que ayudaba se le cayó el misal!... ¡Y perdió la devoción todo el mundo!... ¡Ay! ¡ay! No es un cuento, no... Yo lo he visto.

DOÑA TRENZA. — ¡Madre mía de mi alma! ¡Otro escándalo!

MANRIQUE. — ¡A mí no me sorprende!

CRISTOBALINA. — *(Señalando a DON NORBERTO GÓMEZ, que pasa de izquierda a derecha, en la guisa de siempre, y sin darse por enterado.)* ¡Ese caballero también lo ha visto!

MANRIQUE. — ¡A la otra puerta!

CRISTOBALINA. — ¡No querrá comprometerse como testigo, pero lo ha visto! ¡Estaba junto a mí! ¡Por más señas que yo, sin darme cuenta de lo que hacía, le cogí un pellizco en un brazo, del susto que llevé! ¡Ay! ¡ay!

DOÑA TRENZA. — ¡Pues aunque lo haya visto el pueblo entero, eso es un disparate; eso no tiene validez ninguna! ¡Dios mío, tómanos de tu mano! ¡Haz luz en estas cabezas dementes! Manrique, ve tú a ver, por la Virgen Santísima... Ve tú a ver...

MANRIQUE. — ¡Aquí está _Fray Cristino!

DOÑA TRENZA. — ¿Quién?

MANRIQUE. — ¡Fray Cristino!

CRISTOBALINA. — ¡Este fraile los ha casado! ¡Ay! ¡ay!

(*Llega, efectivamente, por la izquierda FRAY CRISTINO, no repuesto aún de la contrariedad ni de la sorpresa.)*

DOÑA TRENZA. — ¡Padre! ¡padre! ¿Usted los ha casado?

FRAY CRISTINO. — ¡No, señora! ¡Yo no he casado a nadie!

CRISTOBALINA. — ¿Que no? Pues ¿no es usted quien decía la misa?

FRAY CRISTINO. — Sí, señora, yo; pero ¿qué tiene que ver una cosa con otra? ¡Yo no he casado a nadie!

DOÑA TRENZA. — ¿Oyes? ¿Oyes tú?

FRAY CRISTINO. — (*A MANRIQUE.*) Su hermanita de usted ha cometido una incalificable ligereza... ¡Quién podía pensarlo! ¡Ha sorprendido mi buena fe! Aquí mismo me dijeron los dos, cuando yo me encaminaba a la ermita, que iban a oír la misa cristianamente. ¿Cómo había yo de sospechar tales propósitos? ¡Por avisado que uno esté!... ¿Es que no hay más que arrodillarse de improviso ante un sacerdote, proclamarse por esposos en un santiamén y cátate un matrimonio hecho? ¡Ca! ¡Eso se concluyó! ¡Se hila ya un poco más delgado! ¡Afortunadamente! ¡Porque para una vez que uno bendeciría muy a gusto una de estas uniones, en la mayoría de los casos se volvería de espaldas! ¡Pues no faltaba más!

DOÑA TRENZA. — ¿De manera que no están casados?

FRAY CRISTINO. — ¡Qué han de estar, señora, qué han de estar!

CRISTOBALINA. — ¿No están casados?

FRAY CRISTINO. — ¡No, señora! ¡Que vayan al párroco del pueblo, si tienen prisa! Mi jurisdicción está en otra parte. Yo aquí carezco de toda autoridad. Yo no soy más que un agüista como otro cualquiera, que además dice misa por amor de Dios y por servir a algunas personas que no pueden o no quieren subir a la otra iglesia. ¡Ni más más, ni más menos! Me ven así un poco campechanote, un poco charlatán, un poco entrometido, y se figuran que es orégano todo el monte y que pueden tratarme como a palillo de barquillero. ¡Un demonio!... Ustedes dispensen.

MANRIQUE. — Pero escuche usted, padre...

FRAY CRISTINO. — Sobre esto nada más tengo que escuchar, amigo mío. Ni yo he absuelto a esa pareja, ni le he dado mi bendición, ni cosa que lo valga. ¡Al párroco! ¡al párroco! ¡Luego llueven pleitos y disgustos en estas cosas! ¡Al párroco! Yo por mí voy ahora a coger mi vasito y a beber mi agua lo más tranquilamente que me sea posible. ¡El hígado me está dando saltos! ¡Hoy seco el manantial! ¡Hoy lo seco! Dios guarde a ustedes y le dé a cada cual lo que le convenga. Dios les guarde.

(Se va por la derecha haciéndose cruces.)

MANRIQUE. — Vaya con Él, padre Cristino. ¡Cuánto siento!...

DOÑA TRENZA. — (*A su hermana.*) ¿Te convences ya de que no están casados? ¿No lo decía yo?

MANRIQUE. — ¡Ante su conciencia lo están, tía Trenza!

CRISTOBALINA. — ¡Pues claro! ¿Es que tú crees que han hecho esa escena a humo de pajas?

DOÑA TRENZA. — ¡Oh! ¡oh! ¡Qué espectáculo! ¡La mujer que lo ha dado no es mi sobrina; no está en su juicio; no es Quinita Flores!

MANRIQUE. — Sí, tía; sí lo es. Es Quinita Flores, vuelta otra por el dolor de un desengaño y asustada de que la obliguen a lo que le repugna. ¡Allí viene ya!

DOÑA TRENZA. — ¿Viene allí? ¡Pues no quiero verla en este momento!

CRISTOBALINA. — ¡Hermana!

DOÑA TRENZA. — No quiero verla, no; ven tú conmigo. Díselo tú, Manrique: que no la quiero ver. ¡Me va a matar esta sobrina! ¡va a matarme!

CRISTOBALINA. — Sosiégate, Trenza...

DOÑA TRENZA. — Anda; ven tú, ven tú... Vamos a ver al pobre Amalio antes que se entere... ¡Cualquiera le dora esta píldora! ¡No hay oro en el mundo! ¡Pobre! ¡pobre muchacho! ¡Capaz será de pegarse un tiro!...

CRISTOBALINA. — ¡Ave María, Trenza! ¡Un tiro nada menos! ¡No desvaríes tú también! ¡Un tiro! ¡un tiro!... ¿No hay más mujeres que Quinita?... (*Suspirando, con el rayo verde en los ojos.*) ¡Ay!...

DOÑA TRENZA. — Ven ya, ven ya; que ahora no quiero verla. ¡Descastada!

(Se alejan por la derecha las dos.)

MANRIQUE. — Bien está, sí, que de momento no se encuentren. Ya pasará la nube. Y ¿qué he de hacer yo, sino abrirles los brazos a éstos?

(Llega por la izquierda QUINITA. EUGENIO la sigue. QUINITA sale impetuosamente. Viene a echarse en brazos de su tía TRENZA, y al observar que ésta se va huyéndole, se detiene de pronto.)

QUINITA. — ¿Tía Trenza huye de mí?

MANRIQUE. — Ya lo ves, hermana.

QUINITA. — ¿Tú, no?

MANRIQUE. — Yo, no.

QUINITA. — (*Abrazándosele.)* ¡Manrique!

EUGENIO. — (*Conmovido.*) ¡Manrique!

MANRIQUE. — ¿Qué habéis hecho?

QUINITA. — (*Con exaltación, con dichosa embriaguez.*) ¡Quizás una locura! ¡Pero yo la bendigo! ¡Tu mismo me has empujado a ella, Manrique! ¡Sí, sí, tú mismo! ¡Y te bendigo a ti también! ¡No

cambio esta locura de hoy por la cordura de otros días! ¡Eugenio! ¿Verdad que hemos hecho muy bien? Yo te juro, hermano, que he ido más allá de lo que pensaba... ¡Qué sé yo! ¡Me impulsó no sé qué de repente! Yo iba sólo a revelarle a Dios mi voluntad de no querer nunca sino a este hombre.

EUGENIO. — ¡Alma mía!

QUINITA. — ¡No iba más que a eso! Pero cuando lo sentí caer a mi lado de rodillas, cuando me acarició su pensamiento en el aire, me estremecí, temblé, brilló una extraña luz en mi alma, vi claro lo que aquí me acechaba, lo que en aquel instante tenía junto a mí, como promesa de una dicha segura, y enloquecida, y creyéndome sola ante Dios con él, grité que lo quería por esposo. ¡No he hecho más! ¡No hice más! ¡Si es una locura, te repito que la bendigo!

EUGENIO. — ¡Y yo con ella! ¡Y Quinita es mi esposa ya, por encima de todas las leyes humanas, Manrique! ¡Lo ha pedido ante Dios! ¡Dios estaba con nosotros oyéndola! ¡Y no se pondrá el sol de mañana, sin que legalmente estemos unidos! ¡Quiera o no quiera el fraile! ¡Y si algún día tú la ves a ella arrepentida de esto, me cuelgas a mí de un farol! ¡Dichosa estrella mía, que a nada me conduce por caminos vulgares!

MANRIQUE. — Calma, calma... Estáis sobreexcitados, delirantes, fuera de quicio... No habréis hecho una locura, no; pero parecéis un par de locos... Ahora...

QUINITA. — ¡Ahora yo no quiero que pase ni un segundo más sin que tía Trenza me perdone! ¡Ni un segundo más!

MANRIQUE. — Pues aguarda, que voy yo a verla, antes. La pobre..., ¡figúrate!, no concibe... Y mientras, serenaos vosotros, que os hace buena falta. ¡Qué ojos tenéis! Por supuesto, no es para menos... Yo mismo estoy vibrando... ¡Jesús! ¿Quién había de decírtelo ayer, Quinita? ¿Recuerdas?... Aquí mismo... ¡El amor es siempre inesperado! Sosegaos; aguardadme...

(Se va. QUINITA se vuelve de pronto hacia EUGENIO con una alegría singular, chispeantes las pupilas, las mejillas ardientes, enamorada y ruborosa. Busca en su alma palabras para decírselas a solas a su compañero, y no halla más que una.)

QUINITA: — ¡Quiéreme!

EUGENIO. — ¡Te quiero! ¡Te querré! ¡Descansa en mis brazos, marquesita de los Lares del Rey!

QUINITA. — ¡Te he salvado!

EUGENIO. — ¡Y yo a ti!

QUINITA. — ¡Quiéreme, esposo mío!

FIN DE LA COMEDIA Madrid y Sevilla, mayo, 1925

Librodot